

## ALBRICIAS.

### **José Ignacio de Arana.**

Procedente del hispanoárabe albúšra, y éste del árabe clásico bušrà, tiene el mismo significado que el griego εὐαγγέλιον, evangelio, es decir, “buena nueva”. Designaba el regalo, en dinero o en especie, que se concedía a la persona portadora de la primera noticia de una de esas “buenas nuevas”, como podía ser la de una victoria militar, un acuerdo político o cualquier suceso relevante para la comunidad. Hablamos de un tiempo en el que la información de las noticias de todo tipo se realizaba muy lentamente, al paso de cada época, claro está, y así, la resonante y trascendental victoria en la batalla de Lepanto, sucedida el 7 de octubre de 1571, tardó varias semanas en conocerse en los reinos de Felipe II y la de la batalla de Bailén, casi dos siglos y medio más tarde, llegó a Madrid al cabo de seis días. Durante gran parte de la historia los mensajeros, un empleo social muy destacado, podían recibir a cambio de su misión las albricias lo mismo que el castigo del recipiendario si las nuevas eran desagradables: de esta segunda situación se creó la frase de “matar al mensajero”.

No puede decirse que la sociedad actual sea pródiga en buenas noticias en casi ninguno de los campos en que se desenvuelve la actividad humana y, por otro lado, la comunicación se ha hecho global y prácticamente instantánea gracias a los avances de la tecnología y los medios que se ocupan de la misma. Es difícil hoy arrogarse esa prioridad, pero por ella disputan las grandes cadenas de prensa, radio o televisión –lo llaman *scoop*- y sus periodistas. Sin embargo, si existe un campo en el que las noticias de buena índole y esperanzadoras son numerosas y se suceden a un ritmo acelerado, éste es el de la ciencia y en especial el de la medicina. En la profesión a la que nos dedicamos las primicias son casi continuas, tanto que a veces llegan a saturar nuestra capacidad de asimilación. Justo sería que la sociedad beneficiada repartiera albricias a muchos de esos precursores cuyos nombres se pierden entre los de centenares de sujetos sin más mérito que el de destapar alguna inmundicia ajena.

## ACEDÍA.

### **José Ignacio de Arana.**

Con el término **acedía**, o **acedia** como también puede decirse, se alude en castellano ya un poco trasnochado pero todavía en uso a una sensación del ánimo difícilmente descriptible que el DRAE resume en “pereza” o “flojedad” dentro de su primera acepción y “tristeza” o “angustia” en la segunda, y nos dice que su origen está en el latín *acidia*, y este en el griego ἀκηδία, que vale por *negligencia*. Una interpretación algo distinta aunque de mayor concreción expresiva y tan antigua como la anterior, es la que define **acedía** como “Indisposición del estómago por difícil digestión”, “Melancolía por la obsesión de la muerte”, “Aspereza de trato”, y encuentra su etimología en el latín *acer*, *acre*, agrio.

A poco que nos fijemos, todas estas definiciones se acomodan a alguna situación patológica del individuo, bien orgánica, bien psicológica e incluso en ciertos casos una mezcla de ambas. Y vale tanto para una dispepsia como para una astenia, una depresión reactiva con ideas delirantes sobre la muerte o un carácter atrabiliario. Estupenda polisemia de una palabra olvidada. Como otras que se han ido citando en esta sección de lenguaje, no deberían, sin embargo, ignorarla por completo los médicos que decidan ejercer en ámbitos rurales de nuestra patria, puesto que puede ser el síntoma que manifieste sufrir algún paciente al llegar a sus consultas para su inicial desconcierto y puesta a prueba de su sagacidad diagnóstica. Nunca serán demasiadas las veces que se recuerde a los nuevos colegas que el lenguaje que atañe al ser humano en sus manifestaciones clínicas es mucho más amplio que el utilizado en los textos y las explicaciones académicas.

Y aún cabe decir que como **acedía** se conoce también un tipo de pescado marino comestible, de pequeño tamaño y forma aplanada, que recibe igualmente el nombre de *platija* en las lonjas portuarias y en los mercados.

## DE ACENTOS Y PREPOSICIONES.

**José Ignacio de Arana.**

A veces, la Real Academia, a cuya preceptiva sobre el lenguaje debemos –o deberíamos– ajustarnos todos los que escribimos en español, gusta de hacer cambios en su Diccionario suprimiendo por obsoletas algunas palabras, lo que nos deja hasta cierto punto huérfanos de voces que, sin embargo, hemos usado o leído en ocasiones y que de este modo parecen convertirse en extraños fantasmas del idioma. Habrá que recurrir para encontrarlas a otros lexícones de los que abundan fuera de los formales muros de la “docta institución” por excelencia. Cuando esto sucede con vocablos que tienen un completo sentido en sí mismos, el asunto puede no revestir demasiada importancia; todo lo más, que quien los siga usando entre a formar parte del grupo de los “anticuados”, algo que no tiene por qué ser una connotación necesariamente peyorativa.

Pero si la cuestión atañe a normas gramaticales básicas, como ha sucedido recientemente con las de acentuación de ciertos pronombres en su forma interrogativa (que, quien, cual, etc.) y la de otras partículas (se, si, aun, mas, etc.) utilizada hasta ahora para evitar errores por la polisemia de las mismas, la cuestión es más peliaguda ya que los correctores de pruebas de impresión de nuestros escritos, si en puridad se ajustan a las normas académicas, algo que para nuestra tranquilidad todavía cumplen muy pocos, llenarán de signos de error los originales que se les envían.

Otro tropiezo lingüístico que podemos encontrar en los nuevos caminos trazados por la RAE es la desaparición de dos preposiciones erradicadas de la lista que aprendimos en los tiempos escolares: *cabe* y *so*. Ciertamente eran ya ambas de uso muy restringido con la significación adverbial de “*junto a*” y de “*bajo*”. Pero ¿qué hacemos con palabras tan bonitas como *somontana*, *socaire*, *socolor*, o con expresiones literarias tan plásticas como *so pena* o *cabe el hogar*? Pues irnos olvidando de ellas; ¡a ver qué remedio! A cambio, la RAE incluye como nuevas preposiciones dos palabras que hasta ayer figuraban entre los adverbios: *durante* y *mediante*. De modo que “mediante” un ligero esfuerzo mental que nos costará hacer “durante” un tiempo, habremos de acostumbrarnos a estas fórmulas, “so pena” de ser tenidos por mal hablados.

## FELIPE TRIGO.

### **José Ignacio de Arana.**

La llamada “Generación del 98” –término acuñado por uno de sus miembros, Azorín- constituye uno de los movimientos intelectuales más influyentes en la literatura y en buena parte del pensamiento artístico, social y hasta político de nuestra nación. Todos estos escritores no se limitaron a crear una obra artística, sino que sintieron la preocupación por comprender, y explicar a sus lectores, la íntima realidad de España, de su pasado, del momento que a ellos les tocó vivir y, sobre todo, del futuro que deseaban mejor. Se ha establecido un censo que podríamos denominar “canónico” de los miembros de ese movimiento y en él se incluye, como es bien sabido, un médico: Pío Baroja. Sin embargo, son varios más los escritores de la época que con su obra intentaron transmitir esas mismas inquietudes y a uno de ellos, médico también, es al que me quiero referir hoy, su nombre es Felipe Trigo.

Nació en Villanueva de la Serena, Badajoz, el 13 de febrero de 1864. Estudió Medicina en Madrid y ejerció la profesión en diversos pueblos de Extremadura. Más tarde entró en el Cuerpo de Sanidad Militar, y marchó voluntario a Filipinas, donde fue gravemente herido y volvió a la península como mutilado de guerra, con el grado de teniente coronel. En 1900 abandonó la profesión médica para dedicarse en exclusiva a la literatura. Lo más característico de su producción literaria, que incluye quince novelas, numerosos relatos cortos, teatro, ensayo y crítica, es el erotismo desenfrenado de sus argumentos y de su lenguaje, que han sido tachados de abiertamente pornográficos, con los que criticaba la hipocresía y los prejuicios de la sociedad española de su tiempo en lo relativo a la moral sexual. Eso le valió primero la censura y luego el silencio sobre su obra, a pesar de que en el momento de publicarla tuvo un éxito arrollador y sus libros se editaban en grandes tiradas y el público lector se los disputaba entre falsos mohines de mojigatería. Sus dos obras más famosas, que han sobrevivido a ese velo de silencio, son *El médico rural* (1912), con muchos elementos autobiográficos, y *Jarapellejos* (1914) en la que vierte violentas acusaciones contra el caciquismo.

Felipe Trigo padeció siempre una gran inestabilidad psíquica que finalmente le condujo al suicidio en Madrid el 2 de septiembre de 1916, precisamente cuando su éxito era mayor.

## DESFRAGMENTAR.

**José Ignacio de Arana.**

El mundo de la informática y de sus aplicaciones ha ido creando para su uso interno una “neolengua” que, sin embargo, en no pocos casos traspasa ese ámbito en principio restringido para incorporarse al vocabulario y al lenguaje común. Ciertamente, al principio el trasvase fue en sentido contrario. Palabras como “carpeta”, “ícono”, “programa”, “diseño”, “formato” y tantas otras provienen de la terminología habitual en cualquier trabajo de oficina y se han acomodado a su nuevo uso sin estridencias. Pero hay alguna que la primera vez que la vemos nos choca en las entendederas de meros usuarios de la nueva tecnología, que es el nivel en el que, confesémoslo, estamos la mayoría de quienes nos sentamos ante el ojo ciclópeo del ordenador.

Entre éstas, una me llamó con fuerza la atención cuando apareció en un “menú” del “escritorio”: **Desfragmentar**. ¡Cielo santo –me dije en mi bisoñez informática- qué *palabro*! ¿No podría haberse encontrado otra como reunir, agrupar o concentrar que parecen tener un significado similar y por lo menos están en el Diccionario? Pues no; ahí campea desafiante desfragmentar. Luego, pasado un tiempo y, sobre todo, observando el desarrollo del programa, caí en la cuenta de que quizá el equivocado era yo con mi inoportuno purismo lingüístico. Se me ocurrió la idea de si aquello que el ordenador realizaba a toda velocidad ante mi vista, juntando cuadraditos de colores en grupos homogéneos, dejando “memoria virtual” libre en el *cerebro electrónico* –por cierto, una denominación ya absolutamente en desuso para estos aparatos- no podría realizarlo de alguna manera nuestro cerebro neuronal. Y es que, efectivamente, el cúmulo de conocimientos que van llenando nuestra memoria desde la más precoz infancia, está, no hay mejor palabra para describirlo, fragmentado, con miles de retazos que sabemos que están ahí, pero que nos son absolutamente inútiles por su aislamiento en rincones insospechados de la mente. ¿Qué fue de tanto como aprendimos en el colegio, de tanto como memorizamos en la universidad, de lo muchísimo que la vida nos ha ido enseñando? Necesitaríamos un “desfragmentador” que periódicamente nos colocase esos saberes en orden. Sería asombroso descubrir todo lo que en realidad sabemos, darle utilidad y liberar una cantidad enorme de memoria para seguir aprendiendo. Un reto para la ciencia neurofisiológica y para los “programadores” pedagógicos.

## ADICIÓN Y ADICCIÓN.

**José Ignacio de Arana.**

Para el habla común española es difícil pronunciar la doble “c” en medio de las muchas palabras que se escriben de esa manera. Lo más habitual es que no se haga diferencia en la pronunciación o que se articule sustituyendo la primera de ellas por una especie de sonido a “q”: “*Redupción*”, “*dirección*”, etc., que otorga un cierto tono afectado al que así lo hace. Ciertamente, en la inmensa mayoría de los casos no existe ningún problema para entender la palabra dicha, y aun si se escribiese suprimiendo una de las “c” no pasaría de ser una falta ortográfica pero no induciría a error en su significado. La Ortografía de la Real Academia no es demasiado explícita al establecer las normas sobre el uso de esa doble letra; dice: “Por regla general, se escribirá –cc- cuando en alguna palabra de la familia léxica aparezca el grupo –ct-. Ejemplos: *acción* (por relación con *acto*), *reducción* (con *reducto*), *dirección* (con *director*).” Pero inmediatamente ofrece una larga serie de excepciones, con lo que quien acude a la RAE buscando ayuda no sale en esta ocasión con las ideas del todo claras.

Ciertas palabras, sin embargo, exigen marcar bien la diferencia que les proporciona la dichosa letra, porque con ella doble o sencilla vienen a significar cosas absolutamente distintas y por tanto, más en el lenguaje escrito que en el hablado, puede confundirse o tergiversarse el sentido todo de una expresión. Es el caso de las que traigo hoy a este laboratorio: adición y adicción.

**Adición**, del latín *additio*, -ōnis, es la acción y efecto de añadir o agregar; y también la añadidura que se hace, o parte que se aumenta en alguna obra o escrito.

**Adicción**, del latín *addictio*, -ōnis, -ojo a esa “c” que ya aparece en la etimología latina-, nombra el hábito de quien se deja dominar por el uso de alguna o algunas drogas tóxicas, o por la afición desmedida a ciertos juegos. En una segunda acepción, el DRAE la adscribe también a entrega o adhesión; como sería, por ejemplo, la adicción al trabajo, mal de muchos de nuestros colegas, me atrevo a citar de mi cosecha.

Atención, pues, al uso apropiado de ambas palabras, que no es igual la **adición de** medicamentos en una terapéutica que la **adicción a** los mismos por parte del enfermo.

## HEMORROÍSA.

**José Ignacio de Arana.**

Los médicos hablamos de metrorragia con la soltura que nos concede la familiaridad profesional con el lenguaje de nuestro oficio. Pero fuera de los límites de éste, que es donde, aunque a muchos colegas les cueste creerlo, se encuentra la mayoría de los hablantes, la palabra no se comprende ni, desde luego, se utiliza. Ahí se usa con frecuencia el término “flujo de sangre” para referirse a la hemorragia aparecida a través de los genitales externos femeninos cuando es distinta, en su cantidad o en su momento de presentación, de la normal pérdida menstrual. La metrorragia es siempre un signo de alarma no sólo para la mujer que la padece sino para el médico a quien se le consulta. No pensemos, sin embargo, que las fuentes clásicas, griegas en este caso, son ajenas por completo a palabras que la gente ha usado con profusión.

A quienes han leído la Biblia –entre los católicos más bien pocos, pero no así en los de otras confesiones cristianas-, o al menos a los que guardan un nebuloso recuerdo de aquellos relatos de “Historia Sagrada” que formaban parte de la enseñanza escolar hasta no hace tanto tiempo, les sonará el término **hemorroísa**, palabra que evoca uno de los más sorprendentes milagros obrados por Jesucristo. Lo narra el evangelista san Marcos (Mc 5, 24-34): “En aquel tiempo, Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla y se aglomeró junto a Él mucha gente. (...) Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. (...) Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal.” A esta mujer se la conoce como “la hemorroísa”, (del latín *haemorrhōis*, y éste del griego *αιμόρροος*), aunque tal palabra no aparezca literalmente en el texto. Por generaciones, se ha denominado hemorroísa a las mujeres afectadas de graves metrorragias y tenía su gracia observar los jardines semánticos en que se perdían muchos sacerdotes cuando intentaban desde el púlpito glosar este episodio evangélico sin rozar la escabrosidad de sus detalles que los feligreses, naturalmente, conocían de sobra.

## HORIZONTAL Y PERPENDICULAR.

**José Ignacio de Arana.**

Es conocido que muchas palabras que nos sirven para designar conceptos tanto materiales como del pensamiento, se han formado por asociación con nociones que captan los sentidos, aunque luego adquieran vida propia y cada vez se difumina más ese origen hasta llegar a perderse en la memoria colectiva donde se asienta el lenguaje. El reconocimiento de esa fuente remota puede incluso causar perplejidad al hablante que, con harta frecuencia, no habrá tenido ocasión de percibir con suficiente atención los objetos o realidades físicas que se esconden en las palabras que utiliza. Veamos dos de éstas, de uso muy habitual.

**Horizontal.** El DRAE lo define como “perteneciente o relativo al **horizonte**”, y también como adjetivo de lo que es “paralelo al horizonte”. Y si vamos a esta palabra, encontramos que su primera acepción académica es la de “límite visual de la superficie terrestre, donde parecen juntarse el cielo y la tierra”, señalándose su etimología en el griego ὄπίζων, definir o limitar. Pero ¿cuántas personas que habitan en las grandes ciudades, que serán las que con mayor frecuencia usen el vocablo *horizontal*, han tenido oportunidad de contemplar directamente en su vida el verdadero horizonte? Pocas a buen seguro, siendo el límite de su mirada más lejana en el día a día los edificios colindantes o la irregular perspectiva de una larga avenida urbana. Hay una expresión, tomada directamente del inglés, *sky line*, que viene a sustituir en algunas de nuestras ciudades aquella idea de límite entre cielo y tierra para describir la silueta más característica de su conjunto de edificaciones vista en la lejanía, pero que nada tiene que ver con el prístino concepto de horizontalidad.

**Perpendicular.** “Dicho de una línea o de un plano: Que forma ángulo recto con otra línea o con otro plano” (DRAE). Mas, palabra tan corriente se deriva de un objeto ya poco visto y menos aún sostenido en la mano por casi nadie fuera de los miembros de ciertos oficios: el *perpendiculum* latino, también llamado péndulo o plomada. A nadie le vendrá al pensamiento tan humilde cuanto útil instrumento si tiene que pronunciar la palabra. A mí tampoco, ciertamente, pero nunca está de más un brevísimo recuerdo a los orígenes de lo que sirve para entendernos unos con otros.

## HACER FIEBRE.

**José Ignacio de Arana.**

De un tiempo a esta parte se va extendiendo el uso de la expresión “hacer fiebre” para referirse a los episodios de subida de la temperatura corporal de un paciente. No la utilizan, como podríamos pensar en un primer momento, personas ajenas a nuestra profesión, sino médicos jóvenes que se encuentran en su periodo formativo de MIR. La extraña perla lingüística salta en el curso de sesiones clínicas y hasta en la redacción de los historiales y a algunos nos golpea, más como piedra que como perla, primero en las entendederas y luego en el buen gusto. Ignoro, y algún lector de este laboratorio quizá pueda aclarármelo, de dónde procede tan extraña locución; quizá de algún habla regional o de una mala traducción literal de otro idioma. La fiebre, en román paladino, siempre se “ha tenido” o “ha aparecido” o “ha subido”, pero no “se hace”, aunque, naturalmente, sí se desarrolle un complejo proceso metabólico para su existencia.

Frases de este tipo, sin auténtico sentido, hacen, sin embargo, fortuna y después de ser oídas, que no escuchadas, en ámbitos donde las formalidades de la lengua parecen carecer de importancia, como lo son por desgracia gran parte de las reuniones médicas cotidianas, se asientan y hasta arraigan y se contagian; luego ya es muy difícil eliminarlas y a quien levanta la voz, en medio de una conversación “científica”, para reprobarlas, se le mira como a un extravagante: “¿qué más da, si se entiende?”. Pues sí que da. El lenguaje no es sino la expresión verbal o escrita del pensamiento y la rectitud o torcedura de aquél muestran las del modo de razonar; hasta en aparentes nimiedades como ésta; no se trata de una pejiguera sino de un matiz de bien hablar, o de intentarlo, que hará más fluido el discurso técnico o científico y hasta más agradable el asistir a él como espectador.

## LENGUAJE DE CÁTEDRA.

**José Ignacio de Arana.**

En los estudios fundamentales que estuvieron vigentes en las universidades durante siglos se distinguía un grupo de enseñanzas agrupadas en los nombres clásicos de *trivium* y *cuadrivium*. El primero estaba constituido por la formación del estudiante en gramática, retórica y dialéctica; el segundo, por aritmética, geometría, astronomía y música. Quien los superaba recibía la titulación de *bachiller en artes* y quedaba capacitado para, si lo deseaba o podía permitírselo, acceder a una licenciatura en alguna de las carreras impartidas por los diversos centros universitarios. Hoy quiero fijar la atención sobre ese *trivium* clásico o, por mejor decir, sobre la falta casi absoluta de esos aprendizajes en la enseñanza.

La gramática, la retórica y la dialéctica forman al alumno en tres habilidades de la máxima importancia para el ejercicio de cualquier profesión, pero sobre todo para la de impartir docencia: construir bien el lenguaje que traduce el pensamiento, exponerlo correcta y convincentemente y utilizarlo para defender una idea o para enriquecerse con las del contrario. Lo que he denominado “lenguaje de cátedra”, por extensión la forma de hablar de los docentes, sea cual sea su estatus profesional y el nivel de los alumnos a los que se dirigen, deja mucho que desear en demasiadas ocasiones respecto a esas destrezas y las clases se convierten en farragosos monólogos, aburridos en el menos malo de los casos, completamente ininteligibles en otros y, por ende, mayormente inútiles en ambas alternativas. Al alumnado se le ha de suponer ignorancia en el asunto del que trata la clase; si no, no estaría allí. Pero de ningún modo un entendimiento romo para asimilar lo que se le dice y cómo se le dice; tampoco estarían en las aulas de ser así. Cualquiera que haya sido discente en algún momento de su vida, en especial en el ámbito universitario, recuerda sin embargo con satisfacción y hasta con cariño las clases de algún profesor que sabía aunar la exposición de la materia con la amenidad y el bien decir. Pero esas cualidades las habrá tenido que adquirir por su cuenta si no por ciencia infusa; desde hace mucho no se enseñan: suenan a “antiguo”, a claustro salmantino o complutense aunque por ellos anduvieran fray Luis o Nebrija.

## LACONISMO.

### **José Ignacio de Arana.**

Siempre se ha tenido como ejemplo de austeridad en las costumbres a los habitantes de Esparta, la ciudad que en la Grecia clásica fue capital de un gran reino en la península helénica del Peloponeso, aliada unas veces y mortal enemiga otras de Atenas. Las relaciones entre ambas constituyen una parte muy importante en la compleja pero apasionante historia de ese extremo de Europa donde se forjó nuestro continente y nuestra cultura, todavía viva en la forma de razonar que más tarde se extendió por más de medio mundo, el que hoy llamamos occidental. La frugalidad espartana impregnaba cada uno de los actos de sus gentes desde el nacimiento a la muerte, frente al hedonismo más característico ateniense. Y una de las muestras de esa aspereza de vida era el lenguaje, no por su construcción, griego al fin, sino por el uso que de él hacían hombres y mujeres: escueto, compendioso, directo, un tanto brusco; desde luego más propio de un pueblo cuyo principal objetivo era la guerra, mientras sus vecinos de más al norte inventaban la filosofía a los pies del Partenón y del Erecteion, en los jardines de la Academia platónica o en el Liceo aristotélico.

La región geográfica de la que era centro y capital Esparta se denominaba en su época Lacedemonia o Laconia. De ahí que a esa manera de comportarse y de hablar se la denominara **laconismo**, término que ha pasado al lenguaje común para designar un estilo de expresarse seco, sin florituras de ningún tipo, sin concesiones al recreo o la distracción del oyente, pero extraordinariamente eficaz cuando lo que se pretende es dejar las cosas alumbradas con una claridad meridiana desde el primer instante. En otro de estos artículos elogié las virtudes de una correcta y comedida retórica en oportunidades como la docencia, por ejemplo. Pero qué duda puede caber de que el laconismo, tan opuesto a aquélla, es mil veces preferible en otras, como durante la exposición de un caso clínico en donde la facundia que se gastan algunos colegas distrae la atención de los datos fundamentales. El laconismo, no obstante, no tiene que ser áspero o destemplado; pero cuando la claridad es una exigencia, con pocas y ajustadas palabras es más que suficiente.

## LA MAGIA DEL 100.

**José Ignacio de Arana.**

Celebramos el número 100 de este *Laboratorio del lenguaje*. ¿Y por qué no lo hicimos con el 52, uno para cada semana del año; con el 70, número simbólico de lo extenso y cuantioso en el pensamiento de culturas tan importantes como las semíticas; o no esperamos al 123, serie pitagórica por excelencia con sentido tanto aritmético como místico; o al 180, símbolo de un recorrido de extremo a extremo; o al 360, evocador de la órbita completa que subyace en el inconsciente colectivo? Pues porque, aunque nadie, o casi, se detenga a pensar en ello, pertenecemos a una cultura, y consecuentemente somos miembros de una civilización, que funciona y se sostiene sobre la base del cálculo decimal. Permanece latente el sexagesimal de los mesopotámicos en las horas, minutos, segundos, meses, grados geométricos e incluso en los huevos, que se venden y se compran por docenas; el heptagesimal semita en los días de la semana, trasunto de los de la Creación del mundo, la edad del “uso de razón” según el viejo Catecismo e incluso límite cronológico –absurdo desde el punto de vista de la biología- para la atención médica pediátrica de la Seguridad Social hasta no hace demasiado tiempo. Ciertamente hoy el sistema binario del 0 y 1, o, si se quiere, del no y el sí, el lenguaje primordial de la informática, entrevera de modo insospechado nuestra forma de vida; desde los invisibles entresijos del ordenador con el que esto se escribe hasta los sueños del hombre de conquistar el macrocosmos, pasando por los métodos que la tecnología pone al servicio de los médicos para conocer el aun más interesante microcosmos que encierra el cuerpo humano. Pero, ¡qué caramba!, seguimos teniendo diez dedos en las manos y si la humanidad comenzó a contar con ellos y los niños de todos los tiempos lo han hecho así a escondidas, ahora continuamos con ese sistema de cuentas incrustado en el hondón del pensamiento. Y diez veces diez representa en ese inconsciente un número mágico, perfecto, “redondo” decimos aunque matemáticamente sea un “cuadrado”, curiosa ocurrencia del lenguaje.

Por tales ribetes mágicos reverenciamos el número 100 como manifestación de un ciclo cabal, de la culminación de un proyecto. Pero todo proyecto, todo programa humano, no puede ni debe distraerse más de lo justo en ese punto que completa un círculo; ha de comenzar el trazo de una espiral ascendente y eso se consigue con el 101...

## PREVALENCIA.

**José Ignacio de Arana.**

Esta palabra de uso frecuente en nuestra jerga médica no aparecía en el DRAE hasta la edición de 2001. Desde entonces lo hace con esta definición: “En epidemiología, proporción de personas que sufren una enfermedad con respecto al total de la población en estudio”. Pero figura como tercera acepción del vocablo y precedida de una nota que adscribe su uso al ámbito de la medicina. Sin embargo, se ha ido extendiendo, con el significado de “alta frecuencia”, a otros ajenos a nuestro oficio y así la utilizan los medios de comunicación y hasta se escucha en conversaciones de lo más variopinto.

Las otras definiciones que la Academia otorga a **prevalencia**, ambas de más antigua raigambre y amplio y reconocido uso en el lenguaje español, son muy diferentes. La primera remite al verbo **prevalecer**, del latín *praevalēre*, “valerse o servirse de algo para ventaja o provecho propio”. La segunda, a **prevalecer**, del latín *praevalēscere*, “Dicho de una persona o de una cosa: sobresalir, tener alguna superioridad o ventaja entre otras”, y también “Perdurar, subsistir”. Como vemos, la “alta frecuencia” de un tipo de cáncer o de cualquiera otra enfermedad en un grupo humano -el melanoma en personas de piel clara y pelo rubio, por ejemplo; el cáncer de esófago entre los japoneses; etc.- no se ajusta a lo tradicionalmente académico porque no podemos concederle a ese hecho patológico superioridad, provecho o ventaja alguna sobre el de estar libre de enfermedad. ¿Por qué, pues, esa nueva acepción de **prevalencia** que hasta el lexicón académico se ha visto obligado a admitir? Me comentaba burlón un amigo -no médico, desde luego-, que si queremos que *prevalezca* la cordura de la lengua deberíamos renunciar los galenos a innovaciones que no la enriquecen sino que en ocasiones distorsionan la llaneza característica de este idioma que todos tenemos la suerte, además del derecho y el deber, de usar entre nosotros y para con quienes nos escuchan o leen. No le falta razón a mi amigo, pero mucho me temo que, ahora como en otras tantas ocasiones similares, fracase en su propuesta bienintencionada.

## VERSUS.

### **José Ignacio de Arana.**

La duda, la falta de seguridad absoluta a la hora de establecer un juicio diagnóstico exacto para el proceso que presenta un paciente, sobre todo si tal decisión ha de tomarse a menudo con la premura obligada por el agobio asistencial de un cuarto de guardia, hace que el médico señale dos o más posibilidades. Y, para dejar constancia escrita de que no se trata de procesos añadidos sino pendientes de confirmación cuando no excluyentes entre sí, utiliza la expresión latina *versus* o, más comúnmente, la signatura abreviada *vs*. Quien así lo hace, y son legión que vemos crecer, sencillamente no saben latín. ¡Pues vaya descubrimiento a estas alturas!, se me dirá por más de un lector; pero permítame éste reargüir que quien no sepa latín, no lo use al menos en “versión original”, no vaya a ser que, como en este caso, incurra en un disparate, el mismo de las “cultas latiniparlas” de las que se burlaban algunos escritores clásicos de la categoría de Lope o Quevedo.

El idioma inglés tomó el latinismo *versus* quizá como reducción de *adversus*, que sí tiene un significado de enfrentamiento –adversario, adversidad- y lo usa en ese sentido, sobre todo en dos ámbitos del lenguaje: el judicial y el deportivo. Los juicios se proclaman así: “La reina, en el caso británico, o el Estado de Virginia en el estadounidense, *versus* (contra) Fulano de Tal”. Los encuentros deportivos, y muy especialmente los combates de boxeo, resumen el cartel anunciador separando los nombres de los contendientes con la abreviatura *vs*, y todo el mundo por allí lo entiende sin mayor dificultad. Pero el español mantuvo el significado original de *hacia* para esa palabra y relegó la expresión latina al baúl de la lengua madre, de donde sólo algunos se atreven a sacarla, como hizo el siempre provocador Camilo J. Cela para titular su novela crepuscular *Cristo versus Arizona* en la que imagina a Jesús yendo *hacia* y no *contra* el estado americano.

Escribir en España “neumonía *vs* masa pulmonar” o “viriasis *vs* infección urinaria”, con lo fácil que sería utilizar la conjunción disyuntiva “o”, es, pues, una incorrección. Pero es, sobre todo, algo mucho peor: una cursilada de tomo y lomo.

## ASEMEYA (I).

### **José Ignacio de Arana.**

Estas son las siglas de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas, entidad en la que se agrupan más de dos centenares de profesionales de la medicina con inquietudes, afición y al menos una mínima obra realizada en los campos de la literatura, el arte o ambos. Quisiera dar a conocer aquí su existencia a muchos colegas que la ignoran y que quizá sientan, en los momentos que les deja libres su quehacer de la estricta medicina, un cierto prurito por alguna de esas prácticas y deseen entrar en contacto con un amplio y muy variado conjunto de compañeros que desarrollan múltiples actividades culturales alrededor del entusiasmo común. Pueden dirigir su solicitud a la siguiente dirección electrónica: [solicitud\\_ingenieros@medicosescritoresyartistas.com](mailto:solicitud_ingenieros@medicosescritoresyartistas.com)

Y ahora veamos algunos detalles históricos que tomo del espléndido estudio realizado por el Dr. Francisco L. Redondo Álvaro, que fue Secretario General de ASEMEYA y que puede leerse íntegro en Internet. Los orígenes hay que buscarlos en el primer tercio del siglo XX cuando se funda en Madrid la Asociación Española de Escritores Médicos para intentar reunir a un buen número de profesionales que realizaban labores periodísticas sobre cuestiones médicas y cuyas obras andaban desperdigadas por la prensa de la época. Sin embargo, como señala muy acertadamente el Dr. Redondo, es dudoso poder atribuir a la asociación fundada en 1928 y de la que fue primer Presidente el Dr. José Pérez Mateos, el papel de germen de la actual ASEMEYA. Aquella fue, según sus estatutos, nada más que la “agrupación de los que a diario dedican su actividad a los trabajos periodísticos orientados con fines médicosociales”; es decir, en ella cabían tanto médicos que escribían en los medios de comunicación de la época, como periodistas con una especial dedicación en su trabajo al tratamiento de asuntos relacionados con la medicina. Este año 2008, por tanto, conmemoraríamos el 80 aniversario del nacimiento de una corporación de escritores que ocupaban una parte importante de su quehacer en divulgar conocimientos de nuestra profesión a un público lector de prensa; en un tiempo, además, en el que la sociedad en general está empezando a descubrir el interés de estas cuestiones hasta entonces reservadas a la minoría de los estudiados en cenáculos científicos o en muy restringidas parcelas de las clases intelectuales.



## ASEMEYA (II)

### **José Ignacio de Arana.**

Hubo que esperar a 1931 para que surgiera el proyecto y la realidad de una asociación de médicos, desgajada de las preexistentes que acogían también a periodistas, con vocación comunicadora además de la meramente profesional. Aún así, destaca Redondo, todavía quedaba mucho camino para que los fines de dicha agrupación fueran los que tienen actualmente. “Nuestra Asociación (...) creó un núcleo reducido de integrantes, muchos de ellos relacionados con el mundo del periodismo médico -aunque también hay otros profesionales destacados, catedráticos, etc.-, que parecen tener, y tienen de hecho, un fácil acceso a la prensa escrita y también a la radio. A todos estos médicos se les supone la facilidad para escribir y hacer literatura, pero los fines más evidentes de la Asociación son, en esta época, la defensa de los intereses de los profesionales de la prensa médica, la coordinación de los esfuerzos para mejorarla, la crítica y evaluación de las actuaciones sanitarias, y hasta la creación de un fondo de ayuda económica, un verdadero Montepío. (...) Se trata, en muchos casos, de socios que son personajes muy activos en los ambientes médicos, especialmente en el seno de las organizaciones colegiales y frecuentemente están presentes en los órganos de expresión de las mismas. (...) En realidad, en los primeros años nuestra Asociación se parece mucho a la propia Asociación de la Prensa Médica, de la que en cierto sentido se había desgajado. (...) En definitiva, la AEM aparece en estos años iniciales como un grupo reducido de asociados, limitado reglamentariamente, con indudable capacidad de influencia en estamentos críticos de la profesión y, desde luego, en sus medios de expresión más propios. Son casi todos, y así se sienten profundamente, periodistas.”

Con distintos avatares -algunos estuvieron a punto de llevar a la Sociedad a su desaparición-, llegamos a los años cincuenta a partir de los cuales su actividad se renueva y revitaliza, gracias en gran parte a presidentes de la talla de Bosch Marín, Blanco Soler, Zúmel y Rico-Avello. Hay en ese tiempo un curioso baile de nombres, de modo que la entidad pasa a llamarse Asociación de Médicos Escritores y Artistas, y luego Sociedad Española de Médicos Escritores (SEME), cayéndose del título los colegas músicos y pintores, por ejemplo, aunque siguiesen formando parte de ella ilustres artistas del pincel y el pentagrama. Pero aún quedaban por venir cambios sustanciales.

### **ASEMEYA (III).**

#### **José Ignacio de Arana.**

En 1987, la nueva junta directiva elegida tras la voluntaria dimisión de Rico-Avello decide proceder a una profunda reestructuración de la Sociedad. A tal fin, bajo la presidencia de la Dra. Fernanda Monasterio Cobelo, se someten a la Asamblea unos nuevos estatutos que tras ser aprobados se inscriben oficialmente como Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas; en su articulado se regula la forma de ingreso de nuevos miembros buscando la participación de todos los médicos españoles –y varios extranjeros- que con una obra literaria o artística realizada, sin que sea necesariamente extensa o divulgada, quieran y puedan contribuir a la divulgación de estas “segundas actividades” de tantos colegas hasta ahora condenados a la triste soledad del “autor desconocido”. Se promueven Reuniones Nacionales a lo ancho de toda España –iniciadas con menos regularidad en etapas anteriores-; concursos de relatos, poesía, artes plásticas; reuniones ordinarias y extraordinarias para el ingreso de los nuevos miembros que leen sus discursos u ofrecen recitales musicales o exposiciones; se establecen fructíferas relaciones con otras entidades nacionales y foráneas con intereses comunes; etc. Incluso se cambió el logotipo de la asociación que ahora es el magnífico creado por el Dr. Carlos Daudén Sala, asombroso e internacionalmente reconocido y galardonado pintor y miembro muy veterano de ASEMEYA.

El año 1993 se logra dar cumplimiento a un sueño acariciado desde hacía generaciones: la creación de una publicación propia. Se trató de *La Revista*, patrocinada por un prestigioso laboratorio farmacéutico, y que durante sus casi tres años de existencia –los que duró el patrocinio- fue dirigida por el autor de estas líneas. Allí vieron por fin publicados sus trabajos, con exquisito cuidado tipográfico y más que aceptable difusión, un gran número de colegas que hasta entonces carecían de tribuna en la que dar a conocer su obra. Fue una labor hermosa para los que participamos en su trayectoria y un duro golpe su pérdida por la falta de financiación, imposible de conseguir en otras fuentes.

Los últimos presidentes de ASEMEYA han sido los Drs. Jaime Salom y Antonio Castillo Ojugas que sigue en su cargo promoviendo la encomiable labor de que los médicos –el grupo de profesionales que mayor número de escritores y artistas ha contado entre sus filas a lo largo de toda la historia- puedan darse a conocer y, lo que también es importante, puedan ayudarse mutuamente para abrir puertas y ventanas a sus creaciones.

## SÍNCOPE.

**José Ignacio de Arana.**

Este término de uso frecuente procede del latín *syncōpe*, y este a su vez del griego *συγκοπή* y de *συγκόπτειν*, cortar, reducir, sobre todo cuando esta acción se realiza de modo brusco. En medicina se designa como tal a la “Pérdida de la conciencia temporal, de aparición repentina, con una recuperación espontánea y habitualmente asociada a una pérdida del tono postural, secundaria a una disminución crítica y momentánea del flujo sanguíneo cerebral.” Las causas más frecuentes del síncope son de origen cardiogénico, aunque existen causas vasculares y algunas entidades neurológicas. En ciertos grupos de personas, especialmente en edades jóvenes, se presenta el denominado síncope vasovagal o *lipotimia*, palabra asimismo de origen griego, *λιποθυμία*, que vale por “dejar de sentir”. Se trata de un síncope provocado por una disminución brusca de la presión arterial, secundaria a un efecto vasodepresor o cardioinhibidor, mediado por una acción central del vago. Su presentación más típica incluye la presencia de un desencadenante (ortostatismo prolongado, visiones u olores desagradables, dolor, etc.) y de pródromos típicos (mareo, palidez, hiperventilación, palpitaciones, etc.). Los médicos clásicos daban a la lipotimia el nombre de *deliquio* y a veces lo asociaban al éxtasis o arrobamiento que acompañaba a experiencias místicas del sujeto. Con este sentido aparece a menudo en la literatura médica del Siglo de Oro español y en tratados hagiográficos.

Es curioso señalar cómo una palabra que parece tener su ubicación casi exclusiva en el vocabulario médico, sin embargo y con un mínimo cambio ortográfico aunque con la misma etimología, se utiliza con relativa profusión en dos ámbitos lejanos a nuestra jerga profesional. En efecto, la palabra *síncopa* pertenece tanto al lenguaje de la gramática como al de la música. En la primera es una “figura de dicción que consiste en la supresión de uno o más sonidos dentro de un vocablo; p. ej., en navidad por natividad”. En música, el término *sincopada* dicho de una nota significa “que se halla entre dos o más de menos valor, pero que juntas valen tanto como ella. Toda sucesión de notas sincopadas toma un movimiento contrario al orden natural, es decir, va a contratiempo”. Gran parte de la música “sinfónica” que ha caracterizado al siglo XX, como el “dodecafonismo” y otras corrientes en boga, usan de este recurso.

## BÁLSAMO DE FIERABRÁS.

**José Ignacio de Arana.**

La palabra **bálsamo** procede del hebreo *Baal*, “príncipe”, y *schaman*, “aceite”. Es decir, hace referencia al óleo con el que se ungía a los monarcas. En medicina se denomina bálsamo al “medicamento compuesto de sustancias comúnmente aromáticas, que se aplica como remedio en las heridas, llagas y otras enfermedades”. El lenguaje común, atendiendo a esta función mitigadora de dolores y malestares, hace de la palabra un sinónimo de “consuelo” o “alivio” ya no sólo de dolencias físicas sino también del ánimo. En España, el bálsamo por excelencia, entendido como remedio casi milagroso de todo mal del cuerpo o del espíritu, es el “de Fierabrás” que aparece mencionado con gran detalle en *El Quijote* cervantino. Será oportuno, quizá, recordar la verdadera naturaleza de ese producto y sus auténticos efectos en los cuitados personajes que lo probaron según Cervantes.

“Es un bálsamo de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte ni hay que pensar morir de ferida alguna”, dice don Quijote en el capítulo X de la 1<sup>a</sup> Parte, tras recibir una de las palizas que con tanta frecuencia caerán sobre él y su escudero a lo largo de sus aventuras. Era éste milagrosísimo producto el bálsamo que, llevado por las Santas Mujeres del evangelio, había servido para cubrir el cuerpo de Cristo cuando fue descendido de la cruz y colocado en el sepulcro. Fierabrás era un cruel gigante pagano, más tarde convertido al cristianismo, que había ganado, durante una batalla librada en Jerusalén, un recipiente con cierta cantidad de ese bálsamo. En el cap. XVI don Quijote pidió los ingredientes que, según había creído recordar, formaban el bálsamo: aceite, vino, sal y romero. Los mezcló y coció durante un buen rato, “hasta que le pareció que estaba en su punto”. Apenas lo acabó de beber “cuando comenzó a vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago”. Luego “quedose dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo”. Algo que no le sucedió a Sancho. “El pobre escudero comenzó a desaguararse por entradas canales”. “Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo sino tan molido y quebrantado que no se podía tener”.

Poco que ver, pues, con alivios y consuelos.

## TALASO. (I)

### **José Ignacio de Arana.**

El primer filósofo merecedor de este calificativo en la historia, Tales de Mileto, pasaba muchas horas en algún promontorio asomado al Egeo que baña la costa de Asia Menor en la que se asienta su ciudad. Su mirada habría de perderse sobre aquellas maravillosas aguas y en su mente, por ese influjo sin duda alguna, se abrió paso el pensamiento fundamental que inspiró su teoría del mundo: *“Todo es agua.”* Miles de años después sabemos que, al menos en lo que concierne a la naturaleza de los seres vivos, no andaba muy descaminado el solitario pensador griego. Gran parte de nosotros mismos no es sino agua y ésta es el elemento más importante de nuestra composición orgánica; sustancia para cuya consecución el hombre ha aguzado su ingenio desde el principio de los tiempos y por la que la humanidad ha llegado incluso a la guerra eliminando a quien se la disputara.

Con esa idea arraigada en el inconsciente colectivo es natural que los hombres hayan buscado en el agua –junto a la creación de mitos, doctrinas filosóficas y hasta religiones- el origen y sobre todo el remedio para muchos de los males que aquejan a su cuerpo. Y entre todas las aguas que le rodean, la que más le ha subyugado es la del mar inabarcable de donde todo parece proceder. El eterno flujo y reflujo de las mareas, su imagen siempre distinta desde cada punto de vista y a cada hora del día, el infinito universo de vida que se adivina o se entrevé en su seno; todo contribuye a que el atractivo del mar sea inigualable a cualquier otro espectáculo que brinda la naturaleza. Esa agua tenía por fuerza que atesorar beneficios para la salud física tanto como su contemplación los proporciona para la emocional y psíquica.

Nace, pues, con los primeros médicos la utilización terapéutica del mar. Los egipcios la describen en sus papiros; los griegos, que tanto aprenden de aquéllos, le darán carta de naturaleza en el arsenal curativo y, además, el nombre con el que la conocemos: *talasoterapia* puesto que θάλασσα, Thalasso, es la palabra que designa al mar. Los romanos ampliarán su aplicación y nos las traspasarán a los pueblos que somos sus herederos culturales. Del “todo es agua” al “agua para todo”. Veremos cómo el término *talaso* aparece numerosas veces en el vocabulario médico aún de nuestros

días, tan alejados en apariencia de aquel meditabundo griego de la costa del Egeo.

## TALASO. (II)

### José Ignacio de Arana.

El uso empírico de los beneficios del mar para la salud duró, con altibajos, lo que tardó la medicina en adquirir patrones verdaderamente científicos para su actuación, es decir, casi toda la historia de nuestra profesión. Pero, como tantas veces ha sucedido en ella, la ciencia no ha hecho más que corroborar lo que la experiencia había enseñado que era válido para el arte de curar; ha permitido, por decirlo así, concretar en una fórmula física o química lo que hasta ese momento no era más que una intuición.

La composición del agua de mar es similar a la del plasma sanguíneo; contiene más de 80 elementos necesarios para el buen funcionamiento del organismo. Pero, además, la talasoterapia aprovecha los efectos beneficiosos de las algas, los barros y otras sustancias extraídas del mar así como los del clima marino como agente terapéutico del cuerpo y no menos de la mente; por añadidura, el movimiento de las olas, produce un efecto de hidromasaje sobre la superficie corporal. Se dan cita de ese modo la mayoría de los factores que ya Hipócrates supo comprender en su tratado *Del aire, el agua y los lugares*.

Los millones de personas que hoy acuden a la orilla de **talaso** para tostarse, como “*san lorenzos*” laicos, entre chapuzón y chapuzón, ignoran siquiera quién fuese Hipócrates, pero, sin saberlo, cumplen con alguno de los preceptos del médico de Cos, aunque lo hacen de modo tan sin sentido que en buena parte de los casos volverán a sus hogares de secano con más perjuicio que beneficio.

La palabra **talaso** aparece también en medicina como prefijo del término *talasemia*, un amplio grupo de alteraciones hemáticas provocado, como se sabe, por un defecto congénito en la producción de alguna de las cadenas proteicas que forman la hemoglobina. Dejando aparte la complejidad de la enfermedad y sus múltiples tipos y manifestaciones clínicas, ahora quiero destacar que ese nombre de *talasemia* está en directa relación con el que recibió durante mucho tiempo de *anemia mediterránea*, por su especial frecuencia en individuos nacidos en países ribereños del Mediterráneo, aunque sea cierto que no es exclusiva de esta localización geográfica. Un atisbo de clasicismo hubo de influir en quienes bautizaron la enfermedad con ese nombre evocador del mar de los griegos y que presenció el nacimiento y desarrollo de la cultura que ha dominado más de medio mundo.

## BASTANTE.

### José Ignacio de Arana.

El habla común de nuestro tiempo parece huir del uso de términos calificativos absolutos como lo hace de cualquier otra forma de compromiso. Choca escuchar a personas corrientes, de las que obtienen sus segundos de fama en una entrevista televisada a pie de calle, por ejemplo, expresiones como éstas: “El Museo del Prado me ha gustado bastante” o “He sentido bastante impresión al conocer esa tragedia”. ¿Cómo que bastante? Si acudimos al DRAE, éste nos explica que esa palabra es un adverbio que significa “Ni mucho ni poco, ni más ni menos de lo regular, ordinario o preciso; sin sobra ni falta.” O sea, que ni el gusto ni la impresión, respectivamente, han ido más allá de lo corriente, si es que en estos o parecidos casos puede existir la categoría de “corriente”. ¿Costaría tanto decir mucho, muchísimo, poco o nada? Pues debe de ser que sí porque tales adverbios se han esfumado del lenguaje, al menos del coloquial. El propio DRAE se ha visto forzado en su última edición a incluir una nueva acepción de **bastante**, esta vez como adjetivo, con el significado de “Abundante, copioso” con lo que se eleva un grado siquiera el valor de apreciación implícito; pero aún así sigue pareciendo pobre y, desde luego no alcanza todavía el que sería deseable escuchar en ciertos momentos. Parece, en efecto, que decir de algo o de alguien que es muy bueno o muy malo comprometiera demasiado la propia opinión, descubriera en exceso nuestros sentimientos y nos dejara expuestos a una posible reacción. Así, con el **bastante** nos refugiamos en una vaguedad que quizá nos permite cambiar de opinión según las circunstancias. ¿Sabe el lector cuántas veces se utiliza esta palabra en todo *El Quijote*?: quince; ¿y en *El Lazarillo de Tormes*?: una.

Y ¿qué sucede cuando los médicos nos pronunciamos ante el paciente o sus familiares diciendo de la enfermedad o de su pronóstico que son bastante buenos o bastante malos? Pues que nos estamos cubriendo las espaldas y eludiendo la responsabilidad con un artificio del lenguaje. Se nos exige claridad –sin mengua de la debida discreción-, de modo que hablemos correctamente.

## GÁRGARAS, CATAPLASMAS, SINAPISMOS Y OTRAS RAREZAS.

**José Ignacio de Arana.**

Todo laboratorio, aunque sea del lenguaje como lo es éste, debe contar con un archivo que conviene desempolvar de vez en cuando. En este imaginario fichero, los métodos terapéuticos usados hasta un par de generaciones atrás como mucho para aplicar tratamientos por vía tópica, ocupan un puesto digno de hacerles una curiosa visita. Son palabras ahora desusadas en su mayoría -unas pocas siguen vigentes-, pero que podemos escuchar en alguna remota parla rural y, desde luego, leer en textos antiguos no sólo de medicina, que yacerán seguramente en los desvanes o en librerías de lance, sino también en los estrictamente literarios en los que se describan aunque sea de modo marginal usos y costumbres médicas de los personajes que los protagonizan.

**Gárgaras.** De raíz onomatopéyica (*garg*, en griego *γαργάρω*), es la “acción de mantener un líquido en la garganta, con la boca hacia arriba, sin tragarlo y expulsando el aire, lo cual produce un ruido semejante al del agua en ebullición”. Fuera ya del uso médico, parece una palabra condenada a formar parte sólo de locuciones coloquiales despectivas como “*irse o mandar a alguien a hacer gárgaras*”. Triste destino. Con ella de la mano se nos fue también *gargarismo*.

**Colutorio.** Procedente del latín *colluēre*, lavar, es un medicamento para hacer enjuagues bucales.

**Cataplasma.** Del griego *κατάπλασμα*, aplicar sobre. Medicamento tópico de consistencia blanda, que se aplica para varios efectos medicinales, y más particularmente el que es calmante o emoliente. Si en su elaboración entra a formar parte la mostaza, se llamará **sinapismo**, de *σίναπι*, mostaza en griego. Otro nombre para el mismo tratamiento era **émbroca**, de *ἔμβροχή*, loción. Si era de hierbas calientes recibía el nombre de **cayanco**. Coloquialmente sirve para denominar a la persona pesada y fastidiosa.

**Bizma.** Del griego *βιασμός*, compresión, era una forma de emplasto compuesto de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes. En *El Quijote* es un remedio que aplican muchas veces al caballero y a Sancho en el curso de sus múltiples descalabros.

**Botana.** Parche que se pone en una llaga para que se cure. Proviene del término que designaba el “remiendo o taruguito de madera que se pone en los agujeros de los odres o de las cubas para que no se salga el líquido”.

## ADIADOCOCINESIA.

**José Ignacio de Arana.**

La **adiadococinesia**, *ἀδιαδόχοκινησία* es, para los médicos, la incapacidad para realizar con rapidez movimientos alternantes sucesivos; por ejemplo, la pronación y la supinación de la mano. Es una exploración fácil y una señal sugestiva de lesión neurológica, en especial, aunque no en forma exclusiva, de determinadas áreas cerebelosas. Hasta aquí la escueta definición del término según su uso habitual en nuestro oficio. Pero quizá podamos darle un poco más de juego al vocablo si lo sacamos de ese estricto contexto y atendiendo a su etimología.

A pesar de su formación griega, la palabra es una creación de los clínicos en los primeros años del siglo XX, un neologismo derivado, eso sí, de una antigua: *ἀδιάδοχος*, sin sucesión. Los lectores aficionados a la historia clásica recordarán, sin duda, que esa situación tuvo unas consecuencias muy importantes en los acontecimientos que sucedieron a la muerte de Alejandro Magno: los autoproclamados herederos de su imperio, los *διάδοχος*, lo desgajaron creando varios reinos nuevos que participarían de manera muy diferente en la historia de la humanidad, con consecuencias que de algún modo llegan hasta nosotros. Pues bien, añadiendo el prefijo negativo *ά* y el sufijo *κίνησις*, movimiento, quedaba perfectamente formada la nueva palabra y, además, con la aureola de su estirpe griega, algo que nuestros predecesores intentaban con meritorio afán, mientras que los contemporáneos, puestos a inventar neologismos, hemos sustituido estos remotos orígenes por lenguas más vivas –aunque quizá menos hermosas, es una opinión- como el inglés.

¿Y cuántas personas a nuestro alrededor social y profesional no son capaces de alternar con suficiente rapidez dos o más actividades opuestas, ya sean éstas mecánicas o, aún más frecuentemente, mentales? Posiblemente demasiadas para una sociedad y una profesión que exigen de forma constante mirar la realidad desde puntos de vista distintos cuando no directamente enfrentados. Marchan “a piñón fijo” por la senda del pensamiento y cualquier alternancia se lo desbarajusta. Muchas veces tales individuos son una rémora para el progreso de las ideas. Otras más lo que son es aburridamente monótonos para la convivencia o la sencilla conversación: como cuando en cualquier reunión los médicos no sabemos hablar más que de medicina provocando el bostezo de los comensales profanos y la desesperación de los colegas que no padecen esa suerte de **adiadococinesia** mental.

## PRONÓSTICO.

**José Ignacio de Arana.**

En el complejo proceso que constituye el *acto médico* en su conjunto, desde que el enfermo llega hasta nosotros para decírnos lo que le aqueja hasta que finaliza nuestra relación por alcanzarse la curación, por su fallecimiento o por cualquier otra causa distinta, se han establecido tradicionalmente varias fases; cada una, a su vez, formada por múltiples actuaciones que requieren tomas de decisión: diagnóstico, prescripción y acción terapéutica -médica, quirúrgica o rehabilitadora-, control evolutivo, etcétera. La dificultad de cada una de ellas, como es natural, difiere mucho según la enfermedad, los medios de que se dispone en la ocasión y, desde luego, las características de la persona que se nos confía, pues no se debe olvidar nunca la máxima áurea de nuestra profesión que nos advierte de que “no hay enfermedades sino enfermos”.

Pero siendo todas difíciles, si alguna lo es en grado sumo, por muchos conocimientos y experiencia que el médico acumule en su práctica profesional, esa es, sin duda, el **pronóstico**. Del latín *prognosticum*, y éste del griego *προγνωστικόν*, “conocimiento anterior”, lo define el DRAE como “Juicio que forma el médico respecto a los cambios que pueden sobrevenir durante el curso de una enfermedad, y sobre su duración y terminación por los síntomas que la han precedido o la acompañan.” Y, sin embargo, es habitualmente lo que más les interesa, a veces lo único, al paciente y a sus familiares. A todos ellos les importa sólo relativamente el diagnóstico, menos aún la etiología que quizá a nosotros nos ha mantenido el pensamiento en vilo, poco los detalles del tratamiento salvo cuando es quirúrgico y aun entonces únicamente por lo que éste tiene de riesgo añadido. Pero siempre nos lanzarán, con los labios o al menos con la mirada, la misma interrogación: ¿Es grave? Lo que, trascrito en más palabras, quiere decir: ¿Se curará, será doloroso, largo, invalidante para la vida que ha llevado hasta ahora o la que tenía previsto llevar en adelante...? Todo el resto del interés queda subsumido en esa pregunta crucial. Y es entonces cuando el médico tiene que tomar la más difícil de sus decisiones: hacer un pronóstico. Así ha sido desde que la enfermedad y los médicos coexistimos en el mundo. Y a ello se enfrentaron el chamán y el brujo y el *asclepiade* y hoy el médico académico; y todos erraron o acertaron como seres humanos que somos, aunque los pacientes nos quieran situar en el imposible, por falso, escalón de los adivinos.

## CRISIS.

**José Ignacio de Arana.**

Si alguna palabra sobresale para caracterizar el estado actual de nuestra sociedad y hasta de nuestra intimidad, ésa es la de **crisis**. Claro que ha habido otros muchos periodos con iguales, parecidas o equivalentes tribulaciones en el ánimo individual y colectivo; muchos, en realidad, si se repasan las páginas de la historia. Pero no se denominaban crisis; este término, si no de nuevo cuño, sí es de contemporánea utilización a diestro y siniestro, en las sesudas reuniones de quienes ostentan algún poder, en los más variopintos medios de comunicación y hasta en las conversaciones de tertulia y sobremesa. Oímos o leemos de crisis económica, política, teatral, cinematográfica, de la que sufre la convivencia de esta o aquella pareja más o menos célebre, y así hasta el infinito y el aburrimiento. Pero ese abuso de la palabra, como tantas veces sucede, desvirtúa su auténtico significado y le resta la importancia que ha poseído siempre en otros ámbitos del lenguaje y muy en concreto en el médico.

En nuestra profesión se reservaba la palabra crisis -del griego *κρίσις*, lucha, esfuerzo, separación- para denominar el cambio brusco en el curso de una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el paciente. También se llaman crisis las violentas sacudidas que sufre el enfermo afectado de epilepsia o de cualquier lesión neurológica capaz de provocar convulsiones. Así lo dejó señalado Hipócrates y nosotros no hemos hecho otra cosa que seguir con la terminología que ideó el maestro médico por autonomía. Incluso ciertos estados patológicos se califican genéricamente como *críticos* cuando su resolución es incierta, y ese nombre reciben las unidades hospitalarias donde se atienden. El momento en el que una enfermedad aguda *hace crisis* o la aparición de una *crisis* o *ataque convulsivo* son, desde luego, situaciones teñidas de dramatismo en nuestra práctica profesional, momentos concretos y recortados -hoy los *malhablados* que tanto abundan dirían *puntuales*- en los que la actuación médica ha de ser rápida en extremo y muchas veces osada. Los médicos vivimos muchas crisis, es parte inherente del oficio que escogimos; y las otras, aunque las padeczamos como las personas corrientes que somos debajo de la bata, las vemos más como expresiones retóricas no siempre acertadas por más que suenen campanudas en boca de políticos y comentaristas de la actualidad.

## EL EFECTO BASKERVILLE.

**José Ignacio de Arana.**

Un estudio aparecido en la prestigiosa revista científica *British Medical Journal*, donde se publican los más importantes trabajos de investigación médica mundial, demuestra que el estrés inducido por la superstición puede provocar la muerte por infarto a personas con el corazón débil. Los investigadores realizaron un análisis con ciudadanos chinos y japoneses a los que el número cuatro les aterroriza mucho más que a los occidentales el trece. Millones de asiáticos temen esa cifra porque en los idiomas mandarín, chino y japonés, la pronunciación de la palabra muerte es casi idéntica a la del número cuatro.

El estudio demuestra que en los días cuatro de cada mes ha habido más muertes por motivos cardiacos entre los asiáticos que en el resto de los días. Se analizaron las estadísticas de los fallecimientos ocurridos en Estados Unidos entre 1973 y 1998 comprobándose que la mortalidad de ciudadanos de origen chino y japonés por razones cardíacas los días cuatro fue de un 7% superior a los del resto del mes. El mismo estudio señala que no ocurre lo mismo entre los ciudadanos estadounidenses en los días trece.

En opinión del director de la investigación, el doctor David Phillips, sociólogo de la Universidad de California, la única explicación es la de ese exceso de estrés que provoca la superstición en corazones previamente debilitados. Y se le ha dado a este hecho un bonito nombre: *efecto Baskerville*, tomándolo de lo que le sucede a un personaje de la famosa novela de sir Arthur Conan Doyle *El perro de los Baskerville* en la que Sherlock Holmes debe realizar uno de sus más brillantes trabajos detectivescos. Posiblemente Conan Doyle, que era médico, había conocido durante los años en que ejerció esa profesión antes de dedicarse por completo a la literatura algún caso clínico de esas características; no sería la única aportación de este tipo que introduce el escritor inglés en su obra, aunque en la mayoría de las ocasiones lo haga a través de su *alter ego* el doctor Watson, inseparable compañero y “biógrafo” del detective.

La superstición en la sociedad tecnológica; un sugestivo contraste que nos debe hacer pensar que en la intimidad de los hombres se ocultan misterios todavía inaccesibles para nuestros sofisticados métodos de exploración de ese interior.

## PARIPÉ.

### José Ignacio de Arana.

A este laboratorio del lenguaje se han traído muchas palabras a las que se ha diseccionado para encontrar su etimología y a través de ella el prístino sentido de las mismas, que demasiado habitualmente está olvidado por quienes las utilizamos tanto en la parla común como en la más restringida de la medicina y de los médicos. La etimología sorprende no pocas veces; otras, aclara un concepto; y casi siempre justifica el uso, porque nos pone frente a los ojos la idea motriz para que alguien, en algún momento, designara con esa precisa palabra un objeto, una acción o hasta un fruto abstracto del pensamiento. A la hora de hallar esa horma original recurrimos en la mayoría de las ocasiones a las lenguas clásicas, aquellas de las que proceden directamente la nuestra y, sobre todo, nuestro fondo cultural: griego y latín especialmente, pero también algo de hebreo, bastante de árabe... Para la terminología científica, médica en nuestro caso, a ese semillero se le han ido injertando otras raíces según qué nación o grupo cultural fuese dominante en esa faceta en cada momento histórico: francés, alemán y hoy, como una inundación, inglés, la actual *lingua franca* de la ciencia y la tecnología.

Pero traigo ahora al curioso análisis del laboratorio una palabra no científica aunque sí del lenguaje común. Me refiero a **paripé**. La RAE la define como *coloquial* –un título que en boca de los doctos académicos parece restar importancia a cualquier vocablo- y enseña que es igual a “fingimiento, simulación o acto hipócrita.” Y añade que la locución **hacer el paripé**, equivale a “presumir o darse tono”. La mayoría de nosotros la habremos usado en alguna de esas dos formas. Y no creo equivocarme mucho si digo que se la hemos aplicado, con mayor o menor justicia y caridad en la intención, a algún colega, dentro de esa actitud cainita que late en todas las profesiones. Pues bien, **paripé** procede nada menos que del **caló**, la lengua o jerga de los gitanos, para los que significa “cambio o trueque”. Insólito origen lingüístico. Aunque quizá no tan sorprendente si tenemos en cuenta la opinión peyorativa –seguramente errónea si no se matiza- que se tiene de manera generalizada sobre las actividades de esta misteriosa etnia, según la cual el fingimiento, la simulación y la hipocresía forman masa sustancial con sus modos de comportamiento en el trato con los de otras.

## PEPLA.

**José Ignacio de Arana.**

El empobrecimiento del lenguaje, no sólo del científico sino, y sobre todo, del coloquial o *román paladino* –“en el cual suele el hombre hablar con su vecino” como nos enseñaba Berceo- es una frecuente queja de esta sección. Ciertamente para una mayoría de los individuos es posible manejarse en la sociedad con un reducido número de palabras que todos comprenden y utilizan; como también se puede habitar en una estrecha vivienda sin más servicios y ajuar que los estrictamente indispensables para ir tirando en el día a día. Pero los adornos en el hogar, lo mismo que los que añadimos al lenguaje, además de embellecerlo, hacen más agradable su empleo, amplían sus posibilidades de uso y son una muestra, desde el más modesto al más sofisticado, del aprecio que la persona tiene de su casa o de su idioma. Quizá algún visitante casual de esta página diga al leer lo anterior: “¡Vaya **pepla** con que nos viene hoy este sujeto!”. ¡Ojalá!, me apresuro a contestar, porque quien eso diga estará usando una bonita palabra que, a modo de una humilde antigüedad rescatada de la casa de los abuelos, nos sirve ahora para colocarla en la pared del cuarto de estar o, en este caso, en el papel donde pretendemos lucir lo que es una de nuestras principales herencias: el lenguaje.

A **pepla** la RAE le otorga “origen incierto”, que es como declararla hija de padres desconocidos. Y la define como “*Cosa fastidiosa o molesta, achaque*” y también como “*Persona, animal o cosa que tiene muchos defectos en lo físico o en lo moral.*”. Ambas acepciones las considera coloquiales, otro baldón más para su prestigio de vocablo serio y elegante. **Pepla** es en realidad una deformación, más fácilmente pronunciable, del original **plepa**, y ésta es una palabra que los españoles acuñaron a comienzos del siglo XIX, durante el periodo de invasión napoleónica, para el uso que dice el DRAE. La tomaron de la expresión con la que los intendentes del ejército francés desechaban los caballos que, por tener algún defecto, no adquirían o llanamente expoliaban en los pueblos: *plais pas*, “no me gusta” o “no vale nada”. No; recuperar del olvido palabras cuando menos curiosas no debe considerarse una **pepla**; si acaso, un entretenido juego ahora que tan de moda están los *brain trainings*.

## ESCATOLOGÍA.

**José Ignacio de Arana.**

La polisemia, es decir, la pluralidad de significados de una palabra, es un fenómeno común en casi todos los idiomas. La causa más común hay que buscarla en la etimología de esa palabra que se presta a confusión. En su origen, son dos o más palabras distintas, con diferente ortografía aunque con parecida o igual pronunciación. En ocasiones, sin embargo, la polisemia radica en otros intríngulis del idioma, tan apasionantes como por lo general desconocidos; tal es el caso de las poco meditadas adaptaciones que una lengua, póngase aquí la nuestra, hace de versiones foráneas de términos clásicos. Traigo hoy un ejemplo paradigmático de esta situación.

En español la palabra **escatología** tiene dos significados tan absolutamente contrapuestos que chocan con violencia en el entendimiento. El DRAE marca la diferencia atendiendo a la etimología griega. **Escatología**, de *ἔσχατος*, último, y logía, es el “conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.” Es decir, corresponde a una de las fundamentales enseñanzas de la teología, la de aquellos “novísimos o postimerías” que aprendíamos en el viejo catecismo: “muerte, juicio, infierno y gloria”. Con esta acepción se han escrito en todos los tiempos innumerables obras de religiosidad. Pero **escatología** es también, ahora recurriendo a *σκῶρ*, *σκατός*, excremento, el tratado de las cosas excrementicias y alude a todo lo que se relaciona con los detritus humanos y animales. ¡Ahí es nada la diferencia!

Los psiquiatras angloparlantes crearon el término *scatology* para referirse a ciertas desviaciones de la conducta sexual en las que el sujeto se excita profiriendo expresiones soeces y groseras y luego la ampliaron para los estudios científicos sobre los excrementos. Pero el idioma inglés mantuvo *eschatology*, que ellos pronuncian como “esjatología”, para la palabra de índole, podríamos decir, “metafísica”. En su pronunciación, ni en su escritura, hay lugar para el error. Pero aquí, al carecer nosotros de la “s líquida” como sonido y apropiarnos sin tino de lo ajeno, le añadimos a la nueva palabra la “e” inicial, igualamos el resto y ya tenemos la tremenda confusión. ¿Hubiera sido posible evitarlo? Quizá sí habiendo rescatado más hábilmente el vocablo griego *κόπρος*, copro, con igual significado. Ciento es que esta raíz se utiliza frecuentemente en términos como coprolalia, coprofagía, encopresis y otras de la jerga médica, pero ahí queda **escatología** en su aspecto más sucio para enturbiar un poco el lenguaje.

## ERGOTISMO.

**José Ignacio de Arana.**

Al hilo de un artículo anterior en el que comentaba algún caso verdaderamente hiriente de polisemia en nuestro idioma español, me quiero referir hoy a otra palabra. Mi interés en esta ocasión viene dado porque uno de sus significados es de estricto uso en el mundo de la profesión médica mientras que el otro se encuentra en el siempre evanescente lenguaje de la filosofía, disciplina del conocimiento a la que no estaría de más que los médicos nos acercáramos en ocasiones con ganas de aprender o al menos con curiosidad.

La palabra en cuestión es **ergotismo**. Médicamente designamos con ella a la intoxicación por ergotamina, sustancia producida por el hongo *cornezuelo* del centeno y otros cereales y con una acción en muchos aspectos similar a la de la sintética LSD. descubierta por Hoffman y ampliamente utilizada a lo largo del siglo XX por sus efectos alucinógenos. Si esta última fue una droga de moda entre los llamados “movimientos contraculturales” que agitaron en oleadas a la sociedad del pasado siglo, la ergotamina y el auténtico **ergotismo** tuvo su protagonismo en las centurias medievales provocando epidemias de lo que se denominó *Fuego de san Antón* y también *ignis sacer* o *fuego sagrado*. Su etiología era el consumo por la población de cereales portadores del parásito; sus síntomas, espectaculares alteraciones de la conducta y graves lesiones cutáneas y viscerales por vasoconstricción capilar periférica; su cura, el cambio de la alimentación a pan de buen trigo como el que repartían entre los enfermos los frailes de la Orden Antoniana en sus conventos, de donde tomó uno de sus nombres la enfermedad. El Fuego de san Antón dejó tras de sí una estela de leyendas, literatura y representaciones pictóricas que forman parte de la más conocida imaginería medieval.

Para los filósofos, **ergotismo** es *ergotizar* y esto, derivado del término latino *ergo*, “por tanto, luego, pues, como consecuencia”, abusar del sistema de argumentación silogística para intentar demostrar algo. El silogismo (*συλλογισμός*), es un argumento que consta de tres proposiciones, la última de las cuales se deduce necesariamente de las otras dos. Cometerían **ergotismo**, pues, quienes pretenden justificar cualquier situación como consecuencia ineludible de una serie de hechos previos, sin admitir la posibilidad de que las cosas sucedan por influjo de factores aleatorios. ¿No es éste un defecto del que pecamos muchas veces los médicos en nuestros razonamientos diagnósticos?

## MAUSOLEO Y OTROS TÉRMINOS FUNERARIOS.

### **José Ignacio de Arana.**

El deseo de guardar memoria de los muertos mediante algún tipo de construcción física y no sólo en el recuerdo íntimo de los sobrevivientes es una de las características de la especie humana desde sus orígenes. Precisamente ese hábito, común en casi todas las etnias que se han sucedido, es uno de los pilares en que se fundamenta el estudio de la antropología y, con ella, el de la historia. Los médicos hemos caminado siempre muy cerca de la muerte, como se encarga de reflejar la iconografía medieval, en un tiempo de menor hipocresía sobre nuestra función en la sociedad; por esa no deseada pero inevitable compañía quizá estemos especialmente sensibilizados para captar los mensajes que el pasado nos quiere transmitir a través del recuerdo de los hombres y mujeres que se fueron. Vamos a ver el significado de algunas palabras que se relacionan con ese mundo funeral,

**Mausoleo.** Se denomina así a los sepulcros que destacan por su magnificencia y lo suntuoso de su decoración. La palabra alude directamente a una construcción que los antiguos griegos incluyeron en la nómina de las “Siete maravillas del mundo” y cuya descripción sabemos a través de la *Historia Natural* que escribió el viajero romano Plinio el Viejo. En la ciudad de Halicarnaso, capital del reino de Caria en Asia Menor, murió el año 352 a.C. el sátrapa o gobernador Mausolo. Su viuda Artemisa mandó construir con mármol y otros nobles materiales su sepultura en forma de pirámide de más de 50 metros de altura coronada por una cuádriga colosal en cuyo carro iban los dos esposos. Apenas duró íntegro unas décadas pues su destrucción comenzó con la conquista de la ciudad por Alejandro Magno en el 334 a.C.

**Epitafio.** Del griego *ἐπιτάφιος*, encima de la tumba, es la inscripción puesta sobre un sepulcro o en la lápida o lámina colocada junto al enterramiento. De su texto, muchas veces poco acorde con la realidad de los hechos, se ha de inferir algún rasgo importante de cómo transcurrió la vida del allí yacente.

**Cenotafio.** Del griego *κενοτάφιον*, sepulcro vacío, es un monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica. El ejemplo que con más facilidad identificará el lector son los dos cenotafios que con las figuras orantes de Carlos V y de Felipe II, acompañados de sus esposas e hijos, hacen guardia al altar mayor en la basílica del Monasterio de El Escorial.

## DELIQUIO.

**José Ignacio de Arana.**

Cuando uno lee –sana y recomendable costumbre- textos antiguos, en especial si en ellos se habla de personajes con un cierto cariz de espiritualidad, como es el caso de Teresa de Jesús y los místicos, o bien de otros en los que se quiere destacar aspectos de sus vidas alejados de los cánones del materialismo en el que nos desenvolvemos los sujetos de nuestro tiempo, es frecuente hallar referencias a que tales individuos sufren en algún momento un **deliquio**. La primera reacción del lector moderno quizá sea pensar que está ante una errata del editor. ¿Un **deliquio**? , ¿qué será eso?, seguramente quiere decir **delirio**. Pues no: dice lo que dice. La palabra, ciertamente, ha pasado, como tantas más, a un recóndito rincón del baúl en el que se encierran, sin tirarlas del todo pero condenándolas al olvido. Vamos a sacar hoy esa reliquia y a desempolvarla siquiera por encima.

**Deliquio**, del latín *deliquium*, vale por éxtasis o arroamiento, dos preciosas palabras por sí mismas. **Éxtasis**, del griego *ἔκστασις*, es un “estado del alma enteramente embargada por un sentimiento de admiración, alegría, etc.” En términos religiosos se define así el “estado del alma caracterizado por cierta unión mística con Dios mediante la contemplación y el amor, y por la suspensión del ejercicio de los sentidos.”. **Arroamiento**, por su parte, es la acción de “enajenarse, quedar fuera de sí”, de forma inconsciente y motivada por alguna de las mismas causas que provocan el éxtasis. También **deliquio** describe el desmayo o desfallecimiento físico que acompaña a tal estado de ánimo. En cualquier caso se trata de actitudes individuales, que afectan a lo más íntimo de una persona concreta. Sería difícil si no imposible encontrar en nuestros días alguna situación capaz de asimilarse con estas descripciones. Alguien quizá se sienta tentado de hacerlo con lo que sucede en esas concentraciones de jóvenes que acuden a espectáculos musicales de artistas de moda y que los medios de comunicación nos presentan una y otra vez y en los que no suele faltar algún desmayo de jovencita ante la visión cercana de su ídolo; pero ahí estamos ante un cuadro de histeria colectiva, con absoluta despersonalización del individuo, algo muy diferente del auténtico **deliquio**, mucho más próximo al **delirio** que la psicología define como “confusión mental caracterizada por alucinaciones, reiteración de pensamientos absurdos e incoherencia” y el lenguaje común equipara a despropósito o disparate.

## MIASMÁTICO Y MEFÍTICO.

**José Ignacio de Arana.**

Desde que la medicina existe, o sea, desde siempre, una de las preocupaciones de quienes la han ejercido, como magia, como puro empirismo o como ciencia por rudimentaria que queramos calificar a ésta, ha sido el conocer los modos en que las enfermedades, al menos algunas de ellas, pueden pasar del ambiente al individuo o desde una persona a otra; es la raíz de la epidemiología que aún nos trae de cabeza a los médicos actuales. Las explicaciones, claro es, fueron y son muchas, tantas como formas de entender la naturaleza se han ido sucediendo en ese mismo tiempo imposible de reducir a calendarios.

En el siglo XVI el médico y poeta veronés Girolamo Fracastorio, autor que crearía en uno de sus poemas el nombre de *sífilis* para una enfermedad hasta entonces con múltiples y dispares denominaciones, escribe su tratado *De Contagione* (1546) en el que sustenta la teoría del *Contagium vivum* como causa de ciertas enfermedades infecciosas. En dicha obra sistematiza por primera vez las tres modalidades de contagio que siguen siendo válidas para nuestra manera de entender estas patologías. a) *Per contactum*: por simple contacto directo con la materia enferma; b) *Per fomites*: por intermedio de los objetos infectados; y c) *Per distans*: contagio a distancia. Realmente la idea es mucho más antigua y médicos griegos y romanos habían ya intuido la existencia de agentes de las enfermedades capaces de actuar como vehículos de las mismas; pero la terminología de Fracastorio es la que ha perdurado. Para referirse a los agentes *per distans*, los más temibles por ser en su mayoría indetectables por los sentidos e imposibles de controlar, se crearon nombres que aún resuenan con ecos de misterio aunque hoy los sepamos identificar como gérmenes o tóxicos de algún tipo. Así, encontramos las palabras **miasma** y **mefítico** que a muchos colegas actuales les resultarán o desconocidas o estrambóticas. **Miasma**, del griego *μίασμα*, mancha, era el efluvio maligno que desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas. Se calificaba de **mefítico**, del latín *mephiticus*, a la cosa que, respirada, puede causar daño, y especialmente cuando es fétida. “Aire, gas mefítico, emanación mefítica.”

Está en la misma naturaleza humana el sentir un cierto alivio cuando se puede culpar a algo o alguien ajeno de nuestros males y condenarlos eximiéndonos nosotros de gran parte de la responsabilidad en un padecimiento. Hoy lo vemos con el ejemplo del tabaco, “compendio de todos los males sin mezcla de bien alguno”. En

las cajetillas de cigarrillos podría figurar una cartela diciendo: "El contenido de este envase es mefítico y su usuario un portador de miasmas". Claro que se le haría el mismo caso que a las de "Fumar mata" o "Fumar perjudica gravemente a los que le rodean"

## SIR ARTHUR CONAN DOYLE.

### José Ignacio de Arana.

Pocas frases “literarias” serán tan populares como “*Elemental, querido Watson*”, dedicada por Sherlock Holmes a su ayudante. Y, sin embargo, ni el detective la pronunció así jamás ni su autor intelectual, Arthur Conan Doyle, la escribió de esa manera en ninguna de las más de sesenta aventuras en que dio vida a aquel genial, ciclotímico, misántropo y drogadicto personaje que tantas horas de entretenimiento nos ha regalado. El doctor John Hamish Watson -¿cuántos conocen su nombre completo?- es de los dos protagonistas de la saga de Sherlock Holmes el que más nos puede interesar a los médicos puesto que se trata de un colega, cirujano militar retirado, que dedicará su vida a acompañar al detective, intentar curar algunas de sus adicciones y escribir pormenorizadamente el relato de sus asombrosas aventuras. Pero es que en realidad, Watson no es más que el trasunto literario del propio Conan Doyle. Éste había nacido el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y por graves problemas familiares vivió bajo la tutela de su tío abuelo, Michael Conan y de Brian Waller, un médico amigo de la familia, presunto amante de su madre, que influyó decisivamente para que el joven se matriculase en la Facultad de Medicina de Edimburgo. Durante sus estudios recibió una influencia fundamental de Joseph Bell, un excelente profesor que practicaba y proponía a sus alumnos el método deductivo para el tratamiento de los pacientes. Tras viajar por medio mundo decidió establecer su consulta privada. Entre 1882 y 1890 ejerció en Southsea, población cercana a Playsmouth, en el sur de Inglaterra, pero sin gran éxito por lo que sus ingresos económicos eran muy escasos y su vocación iba poco a poco desvirtuándose. Utilizó entonces sus muchos ratos libres para escribir y en 1887 consigue ver publicada su obra *Estudio en escarlata* en la que aparece por primera vez el personaje de Holmes. La acogida del público fue extraordinaria –no así sus ganancias que se limitaron a 28 libras esterlinas- y eso le estimuló a abandonar definitivamente la práctica médica y dedicarse a la escritura. Sus relatos fueron apareciendo en la revista Strand Magazine y Sherlock Holmes se convirtió en un verdadero mito de la Inglaterra victoriana cuyas virtudes y defectos encarnaba a la perfección. ¿Perdió la medicina un gran profesional con este cambio? No. A buen seguro, médicos seguidores de las hábiles técnicas deductivas del profesor Bell pudo haber un centenar en su época. Genios como Holmes y atentos observadores

de la realidad como Watson, sólo los que salieron del caletre de este colega frustrado.

## INFRINGIR E INFLIGIR.

**José Ignacio de Arana.**

Cuando se escucha hablar a una mayoría de las personas con las que coincidimos en nuestra vida cotidiana y, lo que es peor, a través de los medios de comunicación sonoros que nos acompañan, informan o entretienen, se comprueba que la prosodia no es una preocupación de especial interés entre ellas. Esto no suele constituir un problema serio porque, al igual que sucede en la lectura, entendemos de manera automática el sentido de lo que se dice sin que el cerebro tenga necesidad, al menos consciente, de “deletrear” las palabras. Este automatismo es, por lo demás, un rasgo de cualquier idioma para quien lo maneja con soltura y una rémora, bien lo sabemos, para los que se inician en una lengua que no sea la materna. Por otra parte, hay palabras lo bastante diferentes entre sí para nombrar los conceptos que queramos expresar sin dar lugar a confusión aunque se pronuncien malamente. Otra cuestión, tan importante que su desarrollo sobrepasaría con demasiada holgura los límites de uno de estos artículos de laboratorio, es que las más de las personas, muy especialmente los jóvenes, sólo manejen un vocabulario extremadamente menguado, con desprecio absoluto a la riqueza de la lengua y que apenas sobrepasa los límites de una jerga o de un idioma de tribu aislada de la civilización.

Pero en algunas ocasiones la lengua parece querer jugar con nuestro intelecto y nos presenta vocablos de parecida pronunciación pero de muy diferente significado, quizá para entrenamiento de las “pequeñas células grises” que con tanta frecuencia mencionaba el personaje literario *monsieur Poirot* como su mejor atributo detectivesco. Ya se habló aquí en una ocasión anterior de **enjugar** y **enjuagar**. Toca ahora hacerlo de **infringir** e **infligir**. Escuchamos alguna vez con un cierto regomeyo decir que “*se ha infligido esta o aquella ley*” o que “*fulano infringió un duro castigo a mengano*”.

**Infringir**, del latín *infringēre*, es quebrantar leyes, órdenes, etc. **Infligir**, del latín *infligēre*, herir, golpear, es causar daño o bien imponer un castigo. Dos conceptos entre los que se puede encontrar alguna ilación ideológica puestos a ser tiquismiquis con el idioma, pero que a las claras se ve que son harto diferentes. No se utilizan mucho, eso es verdad, especialmente el segundo; pero si el hablante se decide a pronunciarlos, al menos que nos otorgue a los escuchantes el beneficio de hacerlo con propiedad.

## CONVALECENCIA.

**José Ignacio de Arana.**

La enfermedad, casi cualquier enfermedad, es un proceso que obliga al organismo a distraer gran parte de su energía física, y no pocas veces también psíquica, para luchar contra ella intentando el restablecimiento de una normalidad que es lo que comúnmente conocemos como salud. En su ayuda acude la medicina con su arsenal terapéutico, pero, al cabo, es el propio organismo el que lleva el peso de la lucha. No es exagerado utilizar esta terminología bélica para referirse al desarrollo de una patología: a vista de microscopio, el enfrentamiento entre gérmenes y leucocitos, por ejemplo, es lo más parecido a un combate cuerpo a cuerpo, una batalla en la que cada contendiente usa de armas físicas y químicas para vencer y destruir al contrario. Pero cuando la enfermedad propiamente dicha finaliza, el organismo queda en una situación de agotamiento de sus fuerzas que va a requerir un periodo de recuperación durante el cual aún no podrá dedicarse en plenitud a sus funciones habituales del estado de salud. Los latinos tenían dos palabras aplicables a la salud: *valeo*, “estar bueno” –de donde viene la palabra *Vale* con la que terminaban sus misivas deseando, pues, salud a su correspondiente y *valesco*, “empezar a ponerse fuerte”. De esta segunda procede el término **convalecer** con el significado de “Recobrar las fuerzas que por alguna enfermedad se habían perdido”.

El periodo de **convalecencia** es absolutamente necesario para que muchas enfermedades puedan darse por completamente superadas desde el punto de vista sanitario. Hoy se prefiere que la convalecencia la realice el paciente en su domicilio y ello por dos razones fundamentales: la escasez de camas hospitalarias que urge el alta médica pasada la fase aguda de la enfermedad; y que el hogar suele –no siempre– reunir condiciones ideales para el reposo, la buena y apetecible alimentación y el cuidado familiar que conviene en ese tiempo de recuperación. Mas no en todas las épocas fue así. Hasta hace un par de generaciones, esos requisitos los cumplía mejor la institución hospitalaria. Se establecieron lugares dentro de ella para que los enfermos alcanzaran la curación total; eran los denominados *pabellones de convalecientes*, por lo general separados del resto del edificio. El del hospital de monjes del monasterio de El Escorial, diseñado como todo él por el genio artístico de Juan de Herrera, constituye una de las vistas más hermosas del monumento, su fachada del mediodía.

## HÁNDICAP.

**José Ignacio de Arana.**

La Real Academia Española se ha rendido, una vez más, a la presión del habla de la calle, o de una parte de ella, y en la edición del año 2005 de su Diccionario de la Lengua Española ha admitido la palabra **hándicap** o **handicap**, con esa doble posibilidad de grafía y, por consiguiente, de pronunciación como esdrújula o como llana o grave. El primer significado que le otorga es el de “*obstáculo o condición desventajosa*”, expresiones ambas que hasta la fecha nos parecían más claras y explícitas a una mayoría de los hispanohablantes. En una segunda acepción retoma su origen en ámbitos deportivos diciendo que es la “*carrera, concurso, etc., en que se beneficia a algunos participantes para nivelar las condiciones de la competición y las probabilidades de ganar.*”

Con la extraordinaria difusión de la práctica del golf, un deporte antes minoritario y elitista en nuestros lares, no es raro escuchar por doquier a personas que hablan de su “hándicap” como si lo hicieran con la mayor naturalidad de la graduación de sus gafas o de la marca de su ropa. Más a desmano nos coge su aplicación en los terrenos de la hípica. Sin embargo, hasta ahí sería aceptable la irrupción de la palabra como lo ha sido el vocabulario de otros deportes, muy especialmente el fútbol al que nadie hoy llamaría balompié sin suscitar una sonrisa en la audiencia. Por cierto, que los académicos, tan puristas al incluir en el DRAE la palabra güisqui con su fonética española, quizá hubiesen debido acoger **jándicap** que es como por aquí pronunciamos esta otra, porque tal como ahora está deberíamos leerla “**ándicap**” en español.

El problema, a mi juicio, se suscita con su uso como sinónimo de minusvalía física o psíquica de un individuo o de un grupo de ellos. En primer lugar, porque era innecesaria; en segundo, porque mezcla churras con merinas a la hora de referirse a una desventaja orgánica o mental confundiéndola con un detalle de reglamento deportivo; y en tercero, porque es difícil de manejar con la desenvoltura que exige el idioma para ser de uso general. ¿Cómo llamaremos a la persona que sufre de un defecto que le invalida siquiera parcialmente para una actividad normal?, ¿*handicapado*?; parece una burla. Yo, al menos, adopto ante decisiones académicas como ésta la actitud de los antiguos virreyes americanos con ciertas leyes que les llegaban de la metrópoli: la pongo solemnemente sobre mi cabeza por venir de quien viene y proclamo que “se acata, pero no se cumple.”

## CERVANTES Y LOS MÉDICOS.

### José Ignacio de Arana.

Prácticamente todos los autores del Siglo de Oro dedicaron alguno de sus escritos a zaherir a los médicos de su tiempo y la precaria medicina ejercida por ellos. Destaca en esta inquina Francisco de Quevedo que la materializó en epítetos tan crueles dirigidos a nuestros colegas como "*servidores de la muerte*" o "*ponzoñas graduadas*" así como en numerosos versos en los que quedaban terriblemente malparados.

Uno solo de entre aquel glorioso grupo de escritores sale frecuentemente en defensa de los médicos: Miguel de Cervantes. Es muy posible que a esta actitud discordante contribuyese el hecho de ser él mismo hijo de un cirujano –en esa época un oficio muy inferior en la escala sanitaria- que ejerció en Alcalá de Henares. Comoquiera que fuese, Cervantes los suele alabar en sus obras narrativas y también en las comedias que salieron de su pluma. La única ocasión en la que cede a la opinión imperante es en la Segunda Parte de *El Quijote*, cuando aparece el retrato del doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, personaje que los burlones duques sitúan junto al bonachón Sancho Panza durante su efímero gobierno de la *Ínsula Barataria*. Su misión es maltratar de palabra y obra a Sancho reprimiéndole en lo que a éste más le gustaba: comer. Cervantes lo pinta armado de una varilla de ballena con la que señala los alimentos que no puede comer el “gobernador”, que son, uno tras otro, todos los que están sobre la mesa. Y el autor le hace pronunciar serios y aparentemente muy doctrinales discursos sobre los perjuicios que acarrearían a la salud de quien los comiera. Son, en efecto, palabras de las utilizadas por aquellos médicos que poco tenían de científicos y mucho de librescos. Sancho se desespera para regocijo de los lectores y está dispuesto a renunciar en ese mismo instante a gobiernos e ínsulas. Pero Cervantes, el hijo del humilde cirujano, se siente obligado a introducir un párrafo de descargo y así Sancho, tras amenazar al doctor Recio con darle de garrotazos añade: “*no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos, de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas.*” Quevedo jamás dijo nada parecido.

## NOMBRES DEL TIEMPO.

### **José Ignacio de Arana.**

La forma de medir el transcurso del tiempo ha sido siempre una preocupación del ser humano; también la de expresar ese paso y nombrar los periodos entre dos sucesos. Todos los idiomas cuentan en sus vocabularios con palabras más que suficientes para denominar esas ideas. Cuando lo que se quiere referir es un lapso de tiempo inconcreto se acude a una terminología que no diciendo nada por sí misma es sobreentendida sin demasiado problema por quien la escucha: un rato, una temporada, “unos días” o “unos meses”, por ejemplo. El calendario, invento muy primitivo en todas las civilizaciones, preceptúa las fechas según variados sistemas de cómputo, especialmente astrales, con el día y la noche y las fases lunares como referencias principales. Sin embargo, existen dos calendarios especiales que han tenido, mucho más antes que ahora, un uso generalizado para que las gentes rigieran sus actividades cotidianas y, sobre todo, las que habrían de realizarse a lo largo de determinados ciclos completos que poco tienen que ver con la artificiosidad del uno de enero y el treinta y uno de diciembre. Me refiero al calendario agrícola, común a muchos pueblos y culturas, y al calendario religioso o litúrgico que, este sí, varía según la fe que cada uno profese y las normas establecidas por sus respectivos estamentos eclesiásticos.

De acuerdo con estos dos almanaques se han ido formando locuciones temporales aparentemente indefinidas pero muy expresivas para quienes están o estaban al tanto de los mismos. Quiero traer aquí dos de ellas que yo, y conmigo estoy seguro que muchos lectores, oía en mi infancia y que aún he escuchado en algunos ámbitos locales por los que me he movido. Ambas aluden a periodos largos, de aproximadamente un año, pero lo hacen de forma eufemística, para insinuar en realidad que algo sucederá muy de tarde en tarde.

La primera es *De higos a brevas*. La higuera es un árbol que produce dos clases de frutos: las brevas, al comienzo de la estación estival, y los higos, que se recogen al final del verano. De ahí que entre las dos cosechas transcurran casi diez meses. La segunda es *De Pascuas a Ramos*. Tomada del calendario litúrgico cristiano, sugiere también un plazo anual puesto que con la Pascua concluye la Semana Santa que dio comienzo el anterior Domingo de Ramos.

## NOMBRES DEL TIEMPO. (II)

### José Ignacio de Arana.

Ciertos acontecimientos, exposiciones, certámenes, se celebran con una peculiar periodicidad: cada dos años. Para este intervalo de tiempo se utiliza la expresión **bienal**. De hecho, algunos de estos acontecimientos llevan en su enunciado esa palabra como es el caso de la célebre *Bienal de Venecia* que reúne a artistas de todo el mundo que exponen allí sus últimas creaciones. Otros, lo hacen dos veces cada año; son eventos **bianuales**. Bienal y bianual, pues, son palabras muy parecidas, que en ocasiones se confunden en el habla común, pero que ya se ve que tienen un significado muy distinto. Algo similar es la confusión que puedan suscitar las palabras **bimestral** y **bimensual**. Bimestral es lo que sucede o se hace público cada dos meses, un bimestre; bimensual, lo que acontece dos veces en un mismo mes, habitualmente cada quince días.

Otros nombres de periodos de tiempo necesitan menos explicaciones o ninguna. **Semanal** lo entiende cualquiera; pero ¿qué pasaría si viéramos escrito o escucháramos la palabra **hebdomadario**?; no ocurrirá muy a menudo, es cierto, porque es un término hoy absolutamente en desuso, pero con sus raíces griegas significa exactamente lo mismo que semanal y es posible hallarlo en textos antiguos y conviene no dejarse sorprender por lo que sigue siendo, a pesar de los pesares, parte de nuestro patrimonio lingüístico. Los medios de comunicación, en especial los escritos, hacen uso continuado de la terminología temporal desde sus mismos encabezamientos. Las propias palabras **periódico** y **periodismo** llevan implícito el concepto de tiempo; luego está **Diario** o sus equivalentes **Daily** o **Journal**, **Semanario**, **Anuario** —la Historia se nutre en gran parte del conocimiento de **Anales** redactados desde el remoto pasado por muchos pueblos-, aunque es curioso que no se haya impuesto una palabra para designar a las muchas publicaciones de periodicidad mensual. Término aparentemente extraño es **sesquicentenario**. El prefijo griego *sesqui*, “uno y medio”, nos indica que su significado es el de la conmemoración de los ciento cincuenta años de algún acontecimiento. **Milenario** y sus derivados, bimilenario, etcétera, parecen retrotraernos a épocas tan pretéritas que se salen de los habituales campos de atención a los que nos fuerza nuestra acelerada actividad actual. Sin embargo, no hace mucho que todos nos hemos visto inmersos en las cuestiones derivadas de vivir en primera persona el “**cambio de milenio**”, sin ser protagonistas conscientes de ninguna conmoción temporal.

## DESAYUNAR.

**José Ignacio de Arana.**

Una palabra la que comento hoy de lo más corriente; la pronunciamos o al menos la pensamos cada mañana; parecería que no tiene intríngulis ninguno para que merezca traerla al laboratorio del lenguaje. Y, sin embargo, es el hábito de usarla lo que quizá no nos deja analizarla en su composición, tan sugestiva, tan explícita. **Desayunar** es, claro está, romper el ayuno mantenido durante el sueño de la noche anterior; algo que más directamente expresa la palabra inglesa *breakfast*; el francés parece que quiere hacer algún distingo entre formas de aliviar esa falta de alimento y denomina a nuestro desayuno *le petit dejuner*, dándole un grado menor que a otras comidas diarias.

Es bien sabido cómo la dietética concede cada vez más importancia a ese acto alimenticio dentro de una correcta nutrición y que hay una importante diferencia entre el abundante e hipercalórico desayuno británico, y en general anglosajón, y el que allí llaman, con cierto desdén reservado a los viajeros foráneos, desayuno *continental*, mucho más escueto en platos y en calorías. Claro que en eso quienes nos llevamos la palma de la frugalidad somos los españoles que nos solemos echar a la calle y a las labores de la jornada con apenas un café bebido y, cuando más, alguna pieza de bollería de rápida y fácil ingestión. Desde luego, nuestro desayuno **des ayuna** poco al organismo y eso hay quien dice, y muy posiblemente acierta, influye negativamente en el rendimiento laboral pero, sobre todo, en el escolar de los niños y adolescentes.

El ayuno dio nombre a una porción de la anatomía, el segundo tramo del intestino delgado, que los anatómistas nombraron como **ye yuno** precisamente por encontrarlo siempre vacío en sus estudios sobre el cadáver. Por otro lado, el ayuno como privación voluntaria o forzosa de ingestión de alimentos forma parte del proceso general de la alimentación humana que exige un ritmo para que las funciones digestivas se realicen con normalidad. Por supuesto que el ayuno adquiere tintes de drama social cuando obedece al hecho mismo de no tener qué comer. Pero sin alcanzar esos extremos, el ayuno de un modo regulado es un método terapéutico preconizado desde los tiempos hipocráticos y vigente aún en la actualidad para ciertos procesos digestivos y de otra índole. Asimismo, la falta de alimentación, y sus consecuentes molestias físicas y hasta psíquicas, es una práctica que muchas religiones aconsejan o directamente imponen a sus fieles en ciertos períodos de tiempo como forma de ascetismo, de sacrificio del cuerpo y con él del espíritu.

## DE ALTAMIRA A *SILICON VALLEY*.

**José Ignacio de Arana.**

En el estado norteamericano de California existe una zona donde se han ido asentando gran número de empresas dedicadas al diseño y la elaboración de componentes para la industria electrónica, especialmente los *chips* que se encuentran en los entresijos de mil instrumentos que se utilizan desde la más sofisticada tecnología que permite avanzar la ciencia hasta los más cotidianos aparatos que nos hacen la vida más cómoda y fácil y que por su misma ubicuidad nos pasan casi desapercibidos en su auténtica complejidad. Por el componente químico esencial que entra a formar parte de muchos de esos productos que allí se fabrican, la región ha sido bautizada con el nombre de *Silicon Valley*, trascrito al español “de andar por casa” como *Valle de la Silicona* en una desafortunada traducción. Porque el correcto sentido de la palabra inglesa *silicon* es **silicio** y no *silicona*. Efectivamente, fue el descubrimiento de la nueva utilización de esa sustancia lo que permitió hace ya muchas décadas abrir el inmenso universo de la miniaturización y de lo que hoy se llama *nanotecnología*.

Mas el silicio que reina en esa tecnología del presente es el mismo elemento del que está constituido un mineral del que los hombres han tenido conocimiento hace millones de años: el **sílex**, una variedad del cuarzo que no es sino dióxido de silicio. El sílex o pedernal es, de hecho, el material que identifica uno de los cambios más importantes en la larga evolución del desarrollo humano en el mundo: el **Neolítico**. El hombre de esa Edad de Piedra lo usó para dos funciones fundamentales. La primera, la elaboración de instrumentos para el trabajo diario, la caza, la recolección y también la lucha con sus vecinos. La segunda, tan esencial como ésta, la producción de fuego, es decir, de energía básica, mediante el roce de dos fragmentos. La dureza del sílex lo convirtió asimismo en material idóneo de construcción. Unos versos de Lope de Vega ponen en la imaginaria boca de la ciudad de Madrid estas palabras: “*Estoy sobre agua levantada, mis muros de fuego son*”, aludiendo a los numerosos manantiales de su subsuelo y al abundante sílex o “piedra de fuego” con que se construyeron sus primitivas murallas.

Por tanto, entre aquellos hombres y mujeres que habitaron Altamira y los que hoy se valen para casi todo de “circuitos integrados” y microprocesadores –desde luego para el trabajo y para obtener energía- se puede trazar un reconocible camino hecho de silicio que uniría las cuevas prehistóricas y el mítico valle californiano.

## VELAR Y DESVELAR.

**José Ignacio de Arana.**

Este lenguaje nuestro tan preciso a la hora de dar nombre a ideas o realidades, gusta a veces de jugar con sus propias palabras dándoles un significado que no está acorde con lo que en un primer momento parecen querer decir. Por **velar** entendemos estar despierto, por lo general de forma vigilante o realizando alguna actividad: se vela a un enfermo; lo hace un guardia o un centinela; los antiguos caballeros velaban sus armas permaneciendo junto a ellas toda una noche frente al altar del castillo o palacio; se está en vela a la espera de un acontecimiento inminente; se vela por la seguridad propia o ajena o por lograr el bienestar de quien sea; incluso se da el nombre de *velatorio* al acto de acompañar en su dolor a los allegados a un difunto en el tiempo que precede a su inhumación, y, por extensión, al lugar en el que tal obra de misericordia se lleva a cabo.

**Desvelar**, por su composición gramatical, con ese prefijo negativo, supondría al pronto lo contrario, es decir, abandonar ese estado de vigilia. Sin embargo no es así. Si algo o alguien nos desvelan, si por cualquier razón nos desvelamos, estamos expresando que hemos perdido no la vigilia sino precisamente el sueño, que volvemos a estar en vela. Es más, desvelarse es sinónimo de preocuparse, de dedicar una especial atención a algo que debemos hacer, sea la resolución de un problema o la ayuda a otra persona que se encuentra en cualquier penosa vicisitud. Desvelar es asimismo “quitar el velo” que ocultaba alguna cuestión a la vista o al entendimiento, resolver lo que hasta unos momentos antes había sido un misterio.

La alternancia de los estados de vigilia y sueño, fundamental para el correcto funcionamiento del organismo, es motivo de sesudas investigaciones y sus trastornos constituyen en nuestros días el objeto de estudio y tratamiento en unidades altamente especializadas de centros sanitarios. Todos aceptamos que desvelarse por los demás es una labor encomiable; pero todos asimismo sabemos lo desagradable, y en ocasiones desesperante, que puede llegar a ser desvelarse sin motivo una noche tras otra. En ese motivo es quizá donde radica la sustancial diferencia entre el desvelo “bueno” y el patológico. Mientras tanto, habremos de admitir que desvelo es palabra con una curiosa y a veces antifrásica polisemia.

## LAÍN ENTRALGO.

### **José Ignacio de Arana.**

Don Pedro Laín Entralgo fue el hombre que mejor supo entender y explicarnos los cuarenta siglos anteriores de nuestra profesión. El maestro Laín repetía una frase que todos deberíamos recordar en nuestro quehacer cotidiano: *“El trabajo tiene un valor fundamental en la vida. El hombre realiza su vida modificando poco o mucho el mundo en el que existe. La imaginación y el trabajo hacen la historia, y la tarea fundamental del hombre es contribuir con el suyo a la empresa de que la humanidad vaya adelante.”* Él, desde luego, aunque fue un médico que como Cajal nunca asistió a enfermos, lo hizo así con su incansable laboriosidad de investigador, de escritor y de catedrático. Precisamente en este puesto, al que accedió el año 1942 en plena juventud, creó en la Universidad de Madrid la nueva enseñanza, hasta entonces no incluida en el currículo de la carrera, de Historia de la Medicina. Su proyecto, su ilusión docente lo representan muy bien estas palabras que pronunció en su primera lección: *“La formación intelectual de ustedes, como médicos, va a seguir (...) dos vías paralelas y que yo quisiera que fuesen complementarias. Por una parte van a acercarse ustedes a la medicina según lo que ella es actualmente (...) por otra parte, yo voy a intentar mostrarles, no frente al enfermo, sino frente a los documentos del pasado (...) cómo ese enfermo ha sido visto, entendido y tratado por los médicos de la antigüedad.”* De su ingente obra como historiador dan cumplida cuenta dos obras monumentales, y aparentemente dispares: *Historia Universal de la Medicina* (Salvat) y uno de los tomos de la magna *Historia de España* (Espasa) que fundó y dirigió hasta su muerte don Ramón Menéndez Pidal.

Aunque toda su obra está repleta de referencias a asuntos humanos no estrictamente relacionados con la medicina, destaca su libro *La Generación del noventayocho*, un profundo análisis de la obra y la biografía de un grupo de escritores con cuyas obras yo y muchos como yo nos destetamos de las lecturas infantiles para adquirir el maravilloso vicio de leer y el a veces angustioso de meditar en la realidad de nuestra patria. Algo parecido sucede con otro de sus libros, el titulado *La cultura española*. Su vocación por la literatura le llevó a escribir incluso teatro, siendo galardonado en 1971 con el Premio Nacional de esta especialidad.

## JUAN ROF CARBALLO.

### **José Ignacio de Arana.**

Juan Rof Carballo falleció el 11 de octubre de 1994. Creador en gran parte de la doctrina psicosomática de la medicina y, desde luego, introductor y máxima figura en España de esta disciplina médica, no podía menos que poseer una gama extraordinariamente amplia de saberes humanísticos en los que precisamente se hallaba el hontanar de su forma holística de comprender el hecho y la vivencia del enfermar. Para Rof, como han señalado sus comentaristas, es esencial el comportamiento emocional del hombre. La “emoción” no es un epifenómeno sino la realidad biológica radical del ser humano (Víctor Rodríguez Pérez, de la Fundación Carl Gustav Jung); y a explicarla con la ciencia en una mano y su intuición en otra dedicó la mayor parte de su amplia obra. Domingo García Sabell, otro gran médico humanista, dice de él que “*sus ensayos no se explican por un afán de aplicar los factores técnicos y médicos o psicológicos a esferas ajena a ellos sino [como] intentos de aprehender intelectualmente lo humano.*” De prosa a veces enrevesada, para leer despacio, Rof Carballo aplicó su teoría de la emoción con todo su consecutivo desarrollo a cada una de las obras que salieron de su pluma y al texto de las conferencias que impartió. Una queja que repetía a menudo era que la enseñanza y la práctica de la medicina moderna, imbuida de “*pensamiento operatorio*”, formase “*sólo técnicos, eludiendo las realidades culturales y espirituales y hasta negando su existencia por no ser objetivas.*” Una queja que tendré que hacer mía más adelante. De entre las obras de Rof quiero destacar *Los duendes del Museo del Prado* porque su lectura permite una visión absolutamente novedosa de las pinturas de nuestra primera pinacoteca que va mucho más allá de la mera contemplación y el disfrute plástico; es un libro para rumiar el sentido del arte y la concepción del mundo de los autores, así como para comprender que ese mismo arte trasciende el objeto físico y se inmiscuye en nuestra intimidad de humanos con un inconsciente que pugna por dejarse ver en cada una de nuestras acciones y decisiones. Junto con *Dos horas en el Museo del Prado* de Eugenio D’Ors, siendo ambas obras distintas en tantas cosas, constituye una auténtica guía espiritual del mejor museo del mundo.

## MIGUEL TORGÀ.

### **José Ignacio de Arana.**

Miguel Torga (Portugal, 1907-1995) es el pseudónimo de Adolfo Correia de Rocha. Nació en San Martinho de Anta, una pequeña aldea de la comarca portuguesa de Tras-os-Montes, muy en el límite con España. Debido a su origen en una familia de campesinos pobres, hubo de seguir el itinerario de otros muchos jóvenes de su condición: inició estudios en el Seminario para luego emigrar a Brasil. De allí volvió para estudiar Medicina en Coimbra con grandes y sacrificios económicos. En esta ciudad universitaria, donde vivió la mayor parte de su vida posterior, compatibilizó a la perfección, aunque sabiendo mantenerlas estrictamente separadas, su profesión de médico especialista en O.R.L. y su vocación literaria. *Ansiedad*, su primer poemario, se publicó en 1928.

Siempre luchó por mantener su independencia intelectual, hasta el punto de autoeditar sus obras en una modesta imprenta conimbricense. Se sintió durante toda su existencia ibérico más que europeo y de su amor por España son muestras su propio nombre artístico, que eligió en homenaje a Cervantes y a su admirado Unamuno con el que compartió charlas y pensamientos, y los numerosos viajes que llevó a efecto por nuestra patria y cuyas impresiones físicas, anímicas y hasta políticas, plasmó en muchos de sus libros. Entre sus obras, más de 50, que le hicieron merecedor de repetidas nominaciones para el Premio Nobel, debe destacarse el *Diario* que no dejó de escribir hasta poco antes de su muerte y que se fue editando en sucesivos volúmenes; hasta 16. Pero sus libros reúnen relatos –*Cuentos de la montaña*-, mucha poesía –*Poemas ibéricos*, por ejemplo- y narraciones con grandes tintes autobiográficos, tal *La creación del mundo*. También se ocupó del teatro y fue un prolífico conferenciante publicando antologías de sus piezas oratorias.

Su literatura deja en el lector un regusto amargo de tristeza que parece inseparable del alma lusa de su autor. Recordemos este mismo sentimiento tras leer a Saramago, Pessoa y hasta al mismo Camoens, tan pletóricamente épico de *Os Lusiadas*. Todos ellos son autores muy próximos a nosotros pero, con sólo la excepción quizá de Saramago, desgraciada e incomprensiblemente, muy poco frecuentados a este lado de la raya que artificiosamente separa los dos países peninsulares.

## REDOMADO.

### **José Ignacio de Arana.**

A la Alquimia el DRAE la define como “Conjunto de especulaciones y experiencias, generalmente de carácter esotérico, relativas a las transmutaciones de la materia, que influyó en el origen de la ciencia química. Tuvo como fines principales la búsqueda de la piedra filosofal y de la panacea universal”. Se trata de una forma de conocimiento en los albores de la verdadera ciencia que tenía tanto o más de filosofía que de química o de medicina. Hoy se la etiqueta de trasnochada, primitiva, misteriosa o de cosas peores y al pensar en ella se nos vienen a la cabeza personajes retratados por la pintura tenebrista; o aquel Claudio Frollo, diácono de Nuestra Señora de París al que Víctor Hugo nos presenta en su grandiosa novela revolviendo mezclas mágicas mientras trama el secuestro de la gitanilla Esmeralda o cómo maltratar a su jorobado sirviente Quasimodo. Pero, conscientes o no, los hombres de la edad científica seguimos utilizando muchas palabras que tuvieron su origen precisamente entre aquellos fogones de los viejos alquimistas. Veamos algunas de ellas; son términos que provienen de los métodos alquímicos, de sus instrumentos de trabajo o de sus productos resultantes, da igual que éstos fueran reales o sólo deseos nunca logrados.

Hablamos de **bebidas espirituosas** para referirnos a las de alto contenido alcohólico obtenido mediante la destilación. Lo que nosotros llamamos alcohol, ellos lo llamaban precisamente **espíritu**. Espiritada se dice de la persona de extrema delgadez, llegada a la máxima consunción de su cuerpo, como sucedía con las sustancias sometidas a una destilación tras otra para conseguir extraerlas su “espíritu”. **Alambicado**, de alambique, vale por sutil, agudo, perspicaz, y también, aplicándose a un razonamiento, por complicado o rebuscado. **Alquitarar**, de alquitara, otro nombre del alambique asimismo con raíz árabe, es revelar, hacer surgir lo contenido u oculto de un acto o de una cuestión cualquiera. Ser **redomado**, aludiendo a la redoma, la vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca y que se ha convertido en símbolo iconográfico de la actividad alquímica, es ser muy cauteloso y astuto o bien tener en alto grado la cualidad negativa que a uno se le atribuye. Otras muchas expresiones del habla moderadamente culta como **materia prima**, **opera prima**, **quintaesencia**, o **sublimar**, derivan asimismo de la alquimia. Hasta aquí alcanzan los efluvios de nuestros predecesores aunque hayamos querido marginarlos al olvido.

## OXÍMORON.

**José Ignacio de Arana.**

La **retórica**, del griego *ρήτορική*, era una de las siete artes mayores que constituían los estudios básicos de la antigua universidad. Era el “arte de bien decir, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o commover”. Hoy, en tiempos de escaso aprecio por el uso del lenguaje, el término ha ido adquiriendo una consideración despectiva en el vocabulario de nuestros contemporáneos, incluyéndose a quienes por tener estudios universitarios, como es el caso de los médicos, deberían mantener al menos un cierto respeto por lo que está en la base misma de sus conocimientos. “No me venga usted a mí con retóricas” es una frase que podemos escuchar para sacudirse los argumentos de alguien en el curso de un debate. Por ese desdén, hablar ahora en nuestro medio de *figuras retóricas* es como hacerlo de silogismos aristotélicos: una antigualla, cuando no una invitación directa a que se nos tache de “obsoletos”, palabra ésta tan descalificadora en ambientes “cultos” como pudiera serlo “sofista” en las aulas de la Universidad de Salamanca hace cinco siglos. Pero, en fin, hablaré de una de tales figuras retóricas que sin saberlo –como hablaba en prosa el personaje de Molière– utilizamos con frecuencia en el habla cotidiana: el **oxímoron**.

Del griego *όξυμωρον*, es la combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido. Como ejemplo suficientemente aclarador puede servir este fragmento de La Celestina de Fernando de Rojas. La joven Melibea pregunta a la vieja trotaconventos lo que es el amor y ésta, para encandilar a la doncella, encadena una sarta de oxímoron: “*Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.*” Los clásicos eran muy aficionados a este aparente juego de palabras: “*La música callada*” (San Juan de la Cruz); “*Es hielo abrasador, es fuego helado*” o “*Sólo lo fugitivo permanece y dura*” (Quevedo). Pero también nosotros usamos de él: Comida basura, calma tensa, ciencia ficción, crecimiento negativo, única opción, apuesta segura, riesgo calculado, y tantas otras frases hechas. Todo el mundo las entiende sin dificultad aunque encierran flagrantes contradicciones lingüísticas. Es el **oxímoron**; es, al cabo, la riqueza de la lengua, quizá la única de que dispone hasta el más menesteroso de otros bienes.

## MUERTE NATURAL.

**José Ignacio de Arana.**

Esa era la expresión con la que durante muchos años se describía en el habla común de nuestras gentes la causa del fallecimiento de una persona cuando no era accidental. Vista en la distancia nos sorprende la obviedad, la falta de verdadero sentido de semejante frase, pero en realidad no sorprendía a nadie que la escuchara; es más, otorgaba al óbito un grado de serenidad que convertía en más llevadera y asumible la situación para los allegados. Nadie, o casi, dirá hoy que Fulano murió “de muerte natural”. Los tiempos en que nos desenvolvemos parecen exigir que a la muerte se la asocie una causa concreta y, a ser posible, inteligible para el oyente: cáncer, infarto, hemorragia cerebral..., la que sea. Son añadidos “etiopatogénicos” que de algún modo “explican” que Fulano haya muerto. No dejan de ser, por supuesto, “naturales” esos motivos médicos, pero nuestro entendimiento se siente más completo con su enumeración. Esas enfermedades eran también conocidas cuando se utilizaba lo de “muerte natural”; ¿a qué podía deberse, pues, esa especie de “ñoñismo” del lenguaje? Para mí que la época de su uso generalizado corresponde, al menos en España, con unos años, prolongados, en los que la muerte podía acaecer demasiado frecuentemente por causas “no naturales”. Se salía de una guerra y se vivía en precario con una hambruna que atormentaba a casi toda la población y que se llevaba por delante muchas vidas que hubieran debido continuar. Quien moría de “muerte natural” no había sido, por lo menos, víctima de un accidente, de la violencia o tan a menudo del hambre.

La naturalidad de la muerte, que aparece inexorablemente unida a la del nacimiento, es, sin embargo, un concepto que la sociedad actual trata de velar de mil maneras diferentes aunque lo consiga, como no podía ser de otro modo, sólo a medias. La muerte hoy se destierra a las impersonales habitaciones de los centros hospitalarios sacándola de su ambiente natural de la familia y el hogar. Ciento que lo mismo se ha hecho con el nacimiento, pero éste goza allí de unos beneficios asistenciales que difícilmente le podría proporcionar el hogar. Curiosamente hay una tendencia creciente –sin muchos visos de criterio científico- a devolver al parto al ámbito hogareño con el apelativo precisamente de “parto natural”. Pero nadie se acuerda de procurar la misma naturalidad al otro trance de la persona: su muerte.